

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 55
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1.50 pts. trimestre; Año 5
Provincias, 1.50 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero, Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1.50

Año XXX

Madrid, Jueves 9 de Junio de 1910

Núm. 22



La educación del católico.

La Hojita 5.^a

La hemos distribuido ya, y se titula

**¡CATÓLICOS,
ALERTA CON LAS HOJAS!**

¿A cuáles nos referimos? A las de EL MOTÍN; ese periódico infame que se ha propuesto arrancar de los pechos españoles la fe que tantos bienes materiales y morales les proporciona.

Desde hoy, esta será nuestra divisa:

¡Guerra sin cuartel á esas Hojas inmundas!

El mitin del domingo

Grandioso en todo. En las declaraciones que se hicieron, en el entusiasmo con que fueron acogidas, en las orientaciones que se marcaron, en el abrazo que se dieron Melquiades Alvarez y Pablo Iglesias.

Por consecuencia de él, la lucha entre monárquicos y republicanos tiene que recrudecerse, y hay que irnos preparando desde hoy para que no nos cojan desapercibidos sucesos que forzosamente han de ocurrir.

Al verse perdida la monarquía, apelará á todos los medios, y en último término al golpe de Estado, con el que sueña desde hace tanto tiempo. Es forzoso, pues, organizarnos de manera, que quede en intento su propósito.

Sin dejar de combatirla en la prensa y en las Cortes, debemos procurar preferentemente darnos una organización que responder pueda en el momento oportuno á lo que las circunstancias exijan. No hacerlo inmediatamente, sería exponernos á que el acto viril del domingo quedara reducido á una magnífica manifestación de entusiasmo infecundo.

Tengamos siempre muy presente aquello de

En la paz se prepara el buen guerrero,
así como en la calma el marinero,
y que vale por dos el prevenido,

y pongámonos en condiciones de hacer pensar á los monárquicos en lo expuesto que para ellos sería salirse violentamente de la legalidad.

Prudencia, sí, pero buscando para garantizar nuestra prudencia la fuerza de una organización potente.

Y una vez establecida esa organización, que intente la monarquía lo que quiera.

Cuando un pueblo está apercebido, no hay fuerza que le impida llegar á donde desea.

La monarquía imperdonable

En sus «declaraciones» del 1.º de Junio, el Sr. Canalejas dijo:

«No hay que creer que nuestra monarquía es incompatible con el progreso. Nuestros republicanos (los hay de alta personalidad) no quieren ver más que la forma de régimen. Tanto peor para las gentes que sospechan de las mejores voluntades, desnaturalizan las intenciones más leales y tratan de explotar la abulia con frases banales.»

«Yo estoy tranquilo, porque estoy resuelto; á despecho de los que afirman que no haré nada, haré todo lo que me había propuesto hacer. El rey de España es un espíritu muy claro, muy moderno y lleno de loables intenciones. Si el progreso no es más rápido, no tiene él la culpa. Suceda lo que suceda, no me presentaré al Parlamento con las manos vacías. Se verá si presento ó no proyectos de un radicalismo sin precedente desde la Restauración. En fin, si yo no pudiera realizar rápidamente las principales reformas que proyecto, me declararé definitivamente fracasado.»

«Pero cuento con numerosos republicanos en mi mayoría. Mi único pesar es no poder recibir á todos mis colegas, á quienes invito á trabajar por la prosperidad nacional. Siempre habrá intransigentes y utopistas. Quiero la libertad para todos, dejaré obrar y pensar á todos á su gusto, dentro de los límites que impone el respeto al derecho.»

Sería de agradecer que el Sr. Canalejas aclarase la frase «cuento con numerosos republicanos en mi mayoría.» Si intenta significar que los republicanos están con él en todo avance, sin negar por eso de su ideal, nada tenemos que añadir. Pero sí indica que hay republicanos que están á su lado en lo de *monarquizar* la opinión, que diga sus nombres para expulsarlos á tiempo del partido.

Fuera de esto, hay en lo copiado alguna idea que necesitamos comentar.

Cree el Sr. Canalejas que la monarquía no es incompatible con la democracia radical: nosotros afirmamos lo contrario, y hacemos además otra afirmación rotunda: aun cuando la monarquía se abrazase á la democracia, la democracia se declararía incompatible con la monarquía.

La democracia, por el sólo hecho de ser tal, es esencialmente justiciera, y necesita liquidar las cuentas de la monarquía y cobrarle hasta la última milésima. No negará esta verdad el Sr. Canalejas. Ahora bien: la monarquía carece de capital suficiente para pagar las deudas contraídas con el pueblo español. Y al decir «monarquía» no significamos solamente la institución y las personas que la representan; englobamos en esa palabra los dos partidos monárquicos que han turnado en el doble infame trabajo de explotar la monarquía y de satisfacer sus caprichos con servilismo sin precedente.

No han sido los soberanos los que

han hecho esta «época monárquica»: no son sólo los millones de la real familia los que producen dolor al pueblo, emigrante y hambriento; duélenle más esos infinitos millones que al amparo de la monarquía han robado, defraudado, estafado y arrancado de las entrañas de la patria y del pueblo esos conservadores y liberales, profesionales del agio oficial, de la prevaricación, del contubernio, corruptores de toda autoridad y falseadores de toda ley.

Todos ellos, con sus capitales despilfarrados, no podrían, con sus diez mil cabezas y las de sus hijos, repoblar las llanuras, antaño fértiles y hoy reducidas á páramos, ni devolver á la patria los millones y millones de nacionales emigrados por el hambre sembrada al pueblo por aquella rapacidad.

No, no es posible olvidar á los desterrados por la ferocidad política; ni á los que murieron en el destierro, en el presidio, en la cárcel, en el hospital, en el asilo, en el arroyo ó en el patíbulo por la injusticia social que han entronizado como instrumento de sus inmorales pasiones.

La democracia no puede olvidar nada de esto. Si Canalejas lo olvida, es que él ha estado del otro lado de la feria; él no ha pasado por las horcas monárquicas que á su tiempo manejó peor ó mejor. ¿Pero el pueblo? En él están las víctimas, los físicos fabricados por el salvajismo del policía inconsciente en el calabozo de la justicia; los arruinados por fallos arbitrarios y por persecuciones ilegítimas; las familias de los emigrados, de los desterrados, de los huérfanos, de los presos, de los encarcelados, de los ejecutados, de las víctimas todas; y el pueblo recordará forzosamente, necesariamente, irremisiblemente, esas deudas de la monarquía sin poder perdonarlas, porque cuando quisiera intentar, se rebelarían contra su propia resolución el corazón lacerado, el hambre adquirida, la deshonra padecida y la afrenta perpetuada. No es culpa del pueblo demócrata el no poder olvidar, sino culpa de la monarquía que ha perpetuado y hecho indebles sus iniquidades y sus efectos.

La «monarquía» es insolvente. La insolvencia de su deuda mantiene entre ella y el pueblo una valla infranqueable.

Los aplausos al Gobierno

Ni tanto ni tan poco

Hemos tenido aplausos para Canalejas por su carta al Fulano aquel de Toledo, y se los adelantamos para todo cuanto haga en este sentido. Mas entendámonos.

«¡Ya ha roto el fuego!» exclaman á una nuestros compañeros, con la alegría infantil con que dijeron: ¡ya tenemos cuarenta diputados!

Muy bien: algo es el haber comenza-

do, pero no nos volvamos locos de contento, cuando podemos exclamar con toda aflicción:

¡Todavía no hay en la cárcel ningún jesuita por captador de testamentos.

Ni ningún fraile por seductor de doncellas al convento.

Ni ningún obispo por malversador de fondos...

Todavía hay frailes en la península.

Todavía hay un italiano disfrutando de un palacio y de un gran sueldo rodeado de nacionales que mueren de hambre a la intemperie.

Todavía monopolizan la beneficencia las dueñas esas llamadas monjas, hermanas de San Cándida y sobrinas religiosas de Paternina.

Todavía está incumplido el Concordato en la intolerancia de frailes y en la intolerancia de textos y de prelados enemigos de las Regalías.

Todavía los Códigos se dan de bofetadas.

Todavía figuran en ellos ciertas leyes borradas de todas las naciones como infames y salvajes.

Todavía siguen acaparando millones y pervirtiendo las inteligencias los «religiosos».

Todavía sale dinero para Roma.

Todavía continúa la Historia de España la gazmoña...

Solidaridad democrática

EL MOTIN protesta contra el espíritu pernicioso con que los gobiernos sucesores de Maura tratan de establecer la política romana: «*Il Capo!*», salvar siempre la cabeza, entendiendo por cabeza el principio de autoridad que en España es principio de caciquismo, de vejámenes, de desorden, de arbitrariedad y de injusticia. En todo conflicto, a ningún gobernante se le ocurre dudar de la infalibilidad de las autoridades.

Es la máxima romana: «*prosumptio faveat auctoritati.*» Se han verificado atropellos enormes, temeridades enormes; Canalejas las sabe ver muy bien desde la oposición, y aun sabe combatirlos; pero desde el poder, sólo ve perfecciones en sus funcionarios.

Al llegar a Madrid la noticia del conflicto de Valencia, Canalejas empezó por establecer la censura y la interrupción de teléfonos. Este recurso de gobiernos pequeños debe dejarse a los provocadores de los sucesos de la Semana Trágica. Entonces, el gobierno monopolizó el periodismo y la información para sorprender y falsear la conciencia nacional y desviar la crítica. ¿Es este un procedimiento legítimo de gobierno?, mejor dicho, ¿es honradez parlamentaria? ¿Es esto buscar la orientación del gobierno en el criterio y voluntad del pueblo constitucional, ó es cerrar los ojos al pueblo para imponerle tiránicamente la opinión del gobierno?

«En ningún país culto se tolera...», ha dicho el Sr. Canalejas.

Cierto; en ningún país se toleran estos procedimientos de gobierno y estos criterios tiránicos. ¿Por qué se ha de acusar *a priori* al pueblo, y se ha de

proclamar previamente la inocencia de la policía tan pronto como se produce un conflicto? ¿Es que el pueblo, como tal, no vale en lo moral y lo político, tanto como un simple individuo de la policía? ¿Es que el pueblo, que el día antes de serlo tenía todos los defectos del pueblo, del cual sale la recluta del Cuerpo, con el nuevo nombramiento pasa a ser infalible y adquiere por infusión del gobierno, no más virtuoso que él, la prudencia, justicia, fortaleza y templanza indefectibles? Y si no es así, ¿cómo se procede por sistema a culpar siempre al pueblo y a vindicar siempre a la policía? ¿Es que el pueblo no está puesto al amparo de las leyes contra los atropellos policíacos punibles? ¿Es que estamos siempre en estado de guerra y se halla la policía gozando siempre del fuero militar?

Lea el Sr. Canalejas la descripción del conflicto surgido entre los socialistas y la policía de París el día 22 del pasado mes de Mayo. Allí se dieron gritos los más subversivos; se enarbolaron banderas contra la prohibición del gobierno, disputándolas en lucha a brazo partido con los agentes; sobre el agente que intentó arrebatar a un ciudadano el estandarte, llovieron puñetazos de arriba, puntapiés de abajo; agentes y manifestantes entran en formidable colisión; ruedan mezclados por el suelo, kepis, sombreros, paraguas y los cuerpos de los luchadores. El público se mezcla insultando a los policías y poniéndolos de jaseos hasta no poder más; las astas de las banderas sirven de lanzas contra los agentes. El agente Boncher cae herido de una cuchillada; otros dos con heridas. Sobre los agentes llueven las piedras y los insultos... Y... ¡asómbrese Canalejas!, a renglón seguido celébrase un mitin «contra las brutalidades de la policía». ¿Qué habría hecho en tal caso la policía española?

¿Qué habría hecho Maura sobre las revueltas que hubo hace tres años en el *Midi* de Francia? ¿Qué castigo habría dado al batallón que huyó del cuartel con armas y bagajes, rebelándose contra el gobierno? ¿Qué habría hecho en el famoso caso del *Fuerte Chabrol*? ¿Qué órdenes daría ahora contra el asesino que en Constantina se fortifica en su casa y recibe a tiros a las autoridades?

La policía francesa lleva armas y municiones; lleva galones y medallas; pero antes de disparar contra un ciudadano, agota los medios incruentos; el recurso de las mangas de riego es uno de los más socorridos.

Compare Canalejas policía con policía y gobierno con gobierno; sólo después de esta comparación podrá comparar pueblo con pueblo.

El pueblo puede sentir estallar alguna vez la pasión ciega, fruto de penas reprimidas y condensadas; la autoridad es la que jamás debe sufrir perturbación.

Y enténdalo el gobierno: la democracia, sobre el principio de autoridad coloca el principio de la justicia y de la síntesis.

El policía no es un verdugo que lleva en el cañón de su revolver y en la vaina de su sable la autoridad judicial suprema militar de poder condenar y ejecutar sobre la marcha al ciudadano. El mismo ejército tiene leyes de modera-

ción para tratar al enemigo. La guardia civil tiene ordenanzas para asegurar el derecho social sobre el reo, y para asegurar la vida y derechos del reo contra los ataques desenfrenados de la sociedad. ¡También el reo tiene derecho! ¡También tiene derechos el criminal! Todos tienen derecho a ser tratados humanamente y racionalmente.

El pueblo tiene derechos, aun en el mismo acto de delinquir! Y también la policía tiene deberes, aun en el acto de contener y reprimir el delito.

Y en cuanto al hábito de lanzar contra el pueblo el ejército guardador de la patria, como si el pueblo pudiera ser enemigo de la patria; y de lanzar contra la masa popular la guardia civil creada para la persecución de malhechores, como si la masa pudiera ser criminal, sobre ese hábito que repugna a los mismos institutos, ¿qué habremos de decir?

Si la guardia civil, garantizadora de los derechos del ciudadano, de todo ciudadano, es utilizada contra masas que, por punto general, salen a gritar contra el crimen y reclamando justicia y ley, ¿qué fuerza quedará contra los criminales? Si el ejército es utilizado contra los partidos políticos, ¿qué fuerza se reserva contra el extranjero invasor de la patria? ¿Cómo se puede levantar contra el pueblo la bandera de la patria que el pueblo ha sellado mil veces con su sangre?

Vea el gobierno lo que ocurre en los «países cultos» y medite sobre ello. Si el pueblo español tendrá que aprender mucho de ellos; pero más, mucho más, deberán aprender los gobernantes.

Y no olvide que las manifestaciones de los «países cultos» que derribaron a Maura y le abrieron a él el poder, iban dirigidas, no contra la barbarie é incultura del pueblo español, sino contra la incultura y barbarie de los gobiernos españoles.

Y no olvide que Canalejas fué saludado con cariño por el «mundo culto», no para que siguiese la historia de esa incultura, sino para corregirla y castigarla.

Y si es así, denos pronto, con obras y no sólo con palabras, ocasión de certificar que no ha defraudado las esperanzas de la cultura patria y extranjera, atemperando sus juicios y sus actos a la discreción del gobernante culto y majestuoso que impone a todos el respeto a la ley y que procura ajustar la ley a la equidad. Así se gobierna.

R. MAYOL

El coco carlista

¡Ya está ahí!

En una sastrería de Madrid se ha confeccionado el uniforme del capitán general D. Jaime II el reconquistador.

En Barcelona se descubren alijos de armas.

Las fábricas de fusiles las ofrecen a los conventos-cuarteles.

¡Ya está ahí!

Meditemos el plan de campaña con que habremos de responder, y que en sus líneas iniciales es como sigue:

1.º Al primer faccioso que se eche al campo, el Gobierno español reclama-

rá del de Italia paso libre para sus tropas desde Civitavecchia hasta el Vaticano y hasta Fiésole.

2.º Las tropas españolas se apoderarán de las fuerzas del Papa, cardenales, generales de frailes y obispos españoles, deportándolos á la Isla de Cabrera. Por cada soldado ó ciudadano español que caiga, serán fusilados diez de ellos.

3.º Preventivamente el Gobierno declarará embargados los capitales de frailes y obispos en los Bancos, y confiscará sus bienes, muebles é inmuebles, los fondos, joyas y tesoros de catedrales y ermitas, para responder á los gastos de la guerra.

4.º Se formarán batallones con las monjas, frailes, canónigos y clérigos restantes, que irán de avanzadas del ejército con sus gonfalones, estandartes, escapularios y rosarios, para que las balas carlistas se estrellen en ellos antes de llegar á las tropas. Por cada soldado que caiga herido, será fusilado el fraile, monja ó canónigo que haya dejado pasar la bala enemiga con su falta de fe y de piedad.

5.º Se aplicará á los jansenistas de todas layas, la ley del anarquismo y de la mano negra.

6.º Los que hayan hecho armas por el carlismo y luego acudan al indulto, serán reclusos en un manicomio hasta que queden curados de su tontuna.

Y si esto no bastare, ya iremos indicando otras medidas encaminadas al mismo fin.

¡Y viva Mendizábal!

Crónica obrera

Son muchos los obreros que tienen el buen gusto de leer EL MOTÍN; es posible que no les desagrade ver en él una sección en que se traten aquellos asuntos de carácter general ó de actualidad que interesen á la clase, prefiriendo siempre los nacionales.

El momento es propicio, porque el proletariado español, un tanto limpio de las rivalidades y luchas intestinas de antaño, entra con fuerza en la organización y se prepara á dar batallas y á formular las reivindicaciones posibles.

Hoy se manifiesta su actividad en el nacer y renacer de organismos, y algo en reclamaciones, huelgas y *boycotts*; mañana, esta actividad se mostrará en otro terreno, en el terreno de la acción directa, y como en épocas pasadas y con mayor intensidad aún, lo que llaman problema obrero—que no es sino la faceta más considerable del problema social—volverá á llenarlo todo, como corresponde á su grandeza.

Tendremos, pues, materia sobrada cada semana para llenar unas cuartillas de cosas substanciosas, substanciosas aun tratadas por pluma tan inhábil como la nuestra.

Aunque no carecemos de fuentes ni de elementos de información, como mucha parte del movimiento obrero se produce de un modo espontáneo y autónomo, esto es, sin vínculos ni relaciones con los grandes organismos centrales, los lectores de EL MOTÍN que se in-

teresen por estos asuntos nos prestarán un servicio positivo si nos envían noticias é informes, que utilizaremos siempre, unas veces como asunto de crónicas, otras para nuestra ilustración.

Todo nos interesa: los abusos patronales, sobre todo si los que abusan son gente beata; los atropellos de las autoridades, sobre todo si las que atropellan la dan de avanzadas; las condiciones del trabajo en cada oficio y en cada localidad; la organización, funcionamiento y fuerzas de las Sociedades; las huelgas, paros, *boycotts* y *lock-outs*; los trabajos por la cultura; la actividad política de clase y la económica, ó sea la acción directa, y más ésta que aquella...

Cuanto sea actividad proletaria, en suma, es asunto que nos importa, y más si ella se produce en núcleos de población que carecen de periódicos obreros.

Del propio modo nos ponemos á disposición de los lectores para auxiliarles en aquello que podamos, resolviendo dudas, facilitando señas, etc.

Si se nos ayuda podremos hacer una obra de utilidad, y trataremos de hacerla aunque no se nos ayude.

Y como queda expuesto lo que pensamos hacer y el auxilio que podría prestárenos, ponemos remate á esta introducción.

J. J. MORATO

Señora desocupada

¡La que se ha armado en Ayerbe porque el librepensador Agustín Cobos no ha querido exponer una hija suya á coger un resfriado en la pila bautismal! Las cofrades del Corazón de Jesús no perdonan medio de mortificar á su esposa.

Una señora ha llegado á decir que, cuando menos lo piensen los padres, se encontrarán con su hija bautizada, porque ya se las arreglará ella para llevarla de escondite á la iglesia.

Pues llévela el padre á los tribunales, si tal hiciere, y se le quitarán las ganas hasta de lavarse (si es que se lava) por el horror que va á tomarle al agua bendita.

¿No tiene esa señora calcetines que recoser y enaguas que remendar? Pues que se distraiga en eso, y no en secuestrar niños para que los chapucen.

Clandestinidad de la prostitución monástica

El gobierno ha invitado, ¡cuánta melosidad!, á los frailes y monjas á inscribirse en el registro especial de Higiene Monástica, que algunos creen será un registro de cartilla que autorice su comercio de placeres místicos, y otros creen que ha de ser el registro del matadero que se prepara.

Con esta ocasión se publica una estadística, cuyo valor vamos á analizar. Trata de dar las cifras del monaquismo, sacadas, según se dice, de los datos obtenidos por el gobierno en 1904 y 1906, que colocaremos al lado de las cifras sacadas del Censo de 1900.

1900		
	Casas.	Individuos.
Varones.....	540	12.146
Hembras.....	2.755	42.826
Totales.....	3.295	54.972

1906		
	Casas.	Individuos.
Varones.....	597	10.613
Hembras.....	2.656	40.050
Totales.....	3.253	50.663

¿Es que el monaquismo fué castrado en sus virtudes prolíficas en 1900 y en vez de crecer disminuyó el número de sus hijos, perdiendo en cuatro ó seis años la friolera de 42 casas y de 4.292 individuos? No, por cierto; lo que hay es la impotencia de los gobiernos en someter á cuenta el número de individuos de la estafalaria familia religiosa, que necesita vivir en las tinieblas.

Siguiendo la misma comparación entre españoles y extranjeros, la prensa publica como existentes en 1904 las cifras que pondremos en parangón con las del censo de 1900:

ESPAÑÓLES		
	Varones.	Hembras.
Censo de 1900....	11.681	41.575
Datos de 1904....	9.791	38.673
De + y - en 1904.	- 1.889	- 2.902

EXTRANJEROS		
	Varones.	Hembras.
Censo de 1900....	465	1.251
Datos de 1904....	838	1.357
De + y - en 1904.	+ 373	+ 106

De modo que la disminución aquella correspondería á los españoles, á cuya suma diferencial habría que añadir los aumentos de extranjeros, ó sea 479 individuos, resultando disminuidos los nacionales en 4.711 sujetos de ambos sexos, lo cual es á todas luces inverosímil.

Más inverosímiles resultan estas cuentas cuando desde 31 de Mayo de 1904 á 30 de Octubre de 1906, según los datos atribuidos al Gobierno, los frailes aumentaron 29 casas con 238 sujetos y las monjas aumentaron 81 casas con 760 individuos.

Esta nota de *extranjerismo* es equívoca. Son muchos los frailes y monjas nacionales que están sometidos á generales extranjeros, además de la obediencia del Papa; son muchos los superiores extranjeros que figuran al frente de comunidades calificadas de españolas. Por razón de los beneficios y capitales, al extranjero van por aquellas razones; y el personal puede ser extraído de España á capricho del superior extranjero, que sabe dar pasaporte falso cuando convenga á la tía esa motejada con el nombre de «Gloria de Dios». El nacional no puede negarse á salir de España cuando el superior lo demanda; y si el Estado no puede mandar sobre las personas ni sobre los bienes ¿qué clase de nacionales nominales son esos?

Empero el Censo de 1900, lejos de ser exagerado, era deficiente y falso. En prueba de ello basta comparar las

cifras que aquella Estadística atribuye á las categorías de los profesionales esos, á saber:

	Profesos.	Novicios.	Legos criados.
Frailles...	8.144	2.034	1.968
Monjas...	39.614	1.540	1.672
Tota'..	47.758	3.575	3.640

Para que resalte con todo su realce la clandestinidad de los novicios, bastará hacer observar que los claretistas llamados «Hijos del Inmaculado Corazón de María» aparecen con 710 profesos, 44 novicios y 138 legos, teniendo un noviciado que dura uno, dos ó tres años como máximo; mientras que los jesuitas, cuyo noviciado es de muchos años y aun indefinido al arbitrio del general, aparecen con 1.241 profesos, 144 novicios y 325 legos.

Suponiendo que la mitad de los novicios salen de la Orden sin profesar, tendremos que para 48.000 profesos se presentan 1.787 novicios, y que para poder nutrir el ejército permanente y aun creciente de los profesos, necesitan una longevidad media de más de cuarenta años de vida profesal; y suponiendo la edad de la profesión á los veinte años, necesitarían una longevidad común de más de sesenta años, lo cual es simplemente falso.

A los frailes «enjaulados» hay que sumar los frailes «suelos», más frailes que el fraile que sirve de proxeneta y de corredor de los otros; y además hay que añadir los expulsados de Francia inmigrados en España y cuyo número nadie conoce, fuera de Roma.

Esta frailería pública y clandestina, con cartilla y sin cartilla, presupone otra frailería mayor de segundo grado, compuesta de escritores serviles, de ricos insipientes, de banqueros estafalarios y de todos esos editores de libros y estampas, de escultores de santos, cochinos y diablos; de viudas libidinosas que buscan la lujuria del alma cuando se hace incapaz de la suya el cuerpo.

A esta segunda fila siguen los terceros, los cofrades y los congregantes; en fin, que el fraile conventual es el tronco cuyas ramas y raíces se extienden visibles é invisibles por todo el organismo nacional chupando su savia.

A la clandestinidad del personal debe sumarse la clandestinidad de sus costumbres: rezan en público pero se corrompen en secreto en vicios y crímenes clandestinos. Y, por último, la clandestinidad de sus negocios: publican la pobreza y esconden el botín de la rapacidad mendicante.

Suma todas esas cifras el lector y hallará el formidable montón de inmunidad de ese muladar llamado monasticismo.

UN DOCTOR MODERNISTA

El presidio de Ocaña

Dos preguntas

En el mes de Diciembre último dejó la sección de albañiles de trabajar veinte días á causa de las lluvias. Sin embargo, firmaron la nómina como si hubieran trabajado todo el mes.

¿A dónde fué á parar ese dinero?

Pregúnteselo el Director general al señor Cadalso, que debe saberlo, por haber convertido en objeto preferente de sus cuidados y atenciones el penal de Ocaña, y por estar al frente de una inspección que tantos miles de pesetas le cuesta al Estado, sin provecho ninguno para la moralidad del Cuerpo.

¿Por qué delito se encuentran en celda de castigo los reclusos Juan Tomás Josch y Angel Izaguirri Vicaneli?

Pregúnteselo el Sr. Navarro Reverter al Sr. Cadalso, y si no le contesta (que no le contestará categóricamente), yo se lo diré, con otras muchas cosas que ignora y que le conviene al Sr. Cadalso que estén ocultas.

ANSELMO SANTA CATALINA

Caretas religiosas

Un concejal carlista de Lérida propuso que se imprimieran por cuenta del Ayuntamiento los sermones pronunciados durante las últimas fiestas.

Los republicanos callaron, y la proposición pasó.

Van resultando ya por todas partes muchos clericales con careta republicana, y hay que irse la quitando á todos.

Para favorecer la Iglesia, ¡con los clericales, con los clericales!...

Contra las canalladas eclesiásticas

Si cuando el cardenal Casañas cometió el cínico abuso de confianza de publicar una carta confidencial del rey para abochornar la familia del jefe del Estado en momento tan grave como el de la boda, lanzando sobre ella la bomba eclesiástica, antes que Morral lanzase la bomba anarquista;

Si entonces se hubiese hecho con aquel enemigo de la patria y de las instituciones el escarmiento ejemplar merecido;

Ahora ese otro fraile, el Aguirre, no habría cometido contra el presidente del Consejo el abuso de confianza de publicar la carta confidencial que le dirigió en nombre del gobierno.

Y si ahora impusieran á Fray-Primado el correctivo que Carlos III impuso al obispo de Cuenca por hechos menos graves, ó el impuesto por la república al cardenal Cuesta y al obispo de Osma, los señores mitrados aprenderían á tratar á los ministros del rey con alguna mayor cortesía, y sabrían que el Estado y el país que les regala palacios, faroleñas y sueldos de príncipes, sabe quitárselos y obligarles á ganarse la vida tocando el arpa, si es que para eso sirven siquiera.

Y el rey les demostraría que, si sabe hacer obispos con las manos, sabe deshacerlos con los pies.

Y todos quedarían en el lugar que deben estar.

Los curas humillados

Júzguese imparcialmente qué tripas hará en los curas saber todo lo que los frailes son, y tener que negarlo, y en púlpitos, cátedras y libros y hasta en conversaciones oficiales, aparentar no creerlo y enseñar lo contrario: que sin frailes se habría ya hundido el firmamento.

Al salir del seminario, todo joven cura cree esto sinceramente, á no ser un espíritu superior; pero á los diez años de ordenado, aunque os lo diga en cruz no lo creáis; ya se ha fogueado en la guerra, ya lleva en la piel señales de la sandalia monástica que lo ha herido, y el odio inextinguible en el corazón. En esos diez años probablemente no habrá leído un sólo escrito liberal ni habrá cruzado la palabra con ningún incrédulo; no hace falta; sobra con la experiencia, con los clérigos viejos y... con los frailes, para verificar esa inevitable é inútil transformación.

Inútil, porque al fraile no le sirve de obstáculo. El clérigo de nuestros días ya no puede más; no hay sitio para él, no tiene modo de vivir, por todas partes se halla al fraile en su camino. En el seminario, un fraile daba ejercicios espirituales y pretendía oscurecer el espíritu con sus teorías místicas; esta misión no puden los obispos confiarla á los clérigos sin que en Roma pongan mal gesto. Los clérigos, por su parte, no sirven para eso y es una gloria suya.

Fuera del seminario, tiene siempre en perspectiva al fraile. ¿Hay que hacer para agradar al amo que todo el clero de una población practique ejercicios espirituales por fuera, que espontáneamente jamás clero alguno ha tenido tan mal gusto de pasar embrutecido nueve días? Pues á los jesuitas ó á los capuchinos ó paules. Allí el cura que predica al pueblo, y lo confiesa y absuelve, se convierte en pueblo de los frailes, y es exhortado en sermones pueriles de puro tremendos, es confesado y absuelto, no dice misa, la oye á los frailes, y éstos lo tratan como á un niño de escuela, diciéndole que sea bueno, y que renueve las promesas del bautismo... ¿Que no pueden evitar que el clérigo note que ellos son más ignorantes que él, pues predicar peor, confiesan peor, y apenas saben decir misa? ¿Que el clérigo ve que allí, con tanto ascetismo se come opíparamente, se viste bien y de nada se carece? ¿Que hay alguno muy listo que sorprende en la cara de los padres las huellas de la lujuria satisfecha ó de la borrachera? Bien, ¿y qué? Nadie lo creará si tal dice, y se expondrá á pasar por un malvado y á perder el pan si habla fuerte.

Pero ello es, y eso importa al fraile, que el vulgo llega á creer que el fraile es al clero lo que éste al pueblo, y que como éste se postra ante el clérigo, el clérigo se postra ante el fraile; y esto basta para que todo el mundo busque al fraile y desprecie al clérigo, aunque sepa, valga y practique la virtud cien veces más que él. Las consecuencias de esto se dejan sentir á todas horas.

¿Predica admirablemente un clérigo? Está bien: se le oye y nada más. ¿Dice

dos mil disparates el fraile más grosero y sandio? Pues á conmoverse todo el mundo, á llorar, á besarle las correas, á llenarle de regalos ó disputárselo para sentarlo á la mesa y confiarle todos los negocios.

Un conde necesita que le digan misa en su oratorio. ¿Viene un clérigo? Pues que se entienda con el criado, que espere en la antesala órdenes del señor, á quien no debe hablar. Acabada la misa, que le den chocolate en la coeina ó en nn pasillo; pónganle un duro en la mano y que salga por la escalera excusada que le dió acceso al oratorios.

¿Pero es un fraile? A recibirle toda la familia en la puerta principal; mimos y agasajos; que descansen, que no se fatiguen. Hoy come aquí el Padre; que lleve el mayordomo... no, la señora misma, el gran regalo al convento y otro para el Padre en particular; que el coche lo devuelva á su santa casa... aunque la familia entera vea que el Padre no tiene educación y apenas sabe hablar y comete mil inconveniencias y groserías.

Los ricos apenas entran en la parroquia. ¿Se casan? El párroco entabla el expediente, que es lo penoso, y se le pagan, no sin regatear, los derechos: la boda la hace un fraile con permiso del obispo y se lleva los regalos y las misas para el convento; bautizará el primer niño y el segundo y todos. ¿Enferma? Pues el fraile irá á confesarlo de día, el clérigo á darle la unción á las altas horas de la noche; y cuando le digan que lo ha confesado un fraile, exclamará al volver á la sacristía:—Señores, de esa casa no hay que esperar nada; hay un fraile; adiós, funeral; adiós, misas; adiós, todo.

El fraile ha cuidado mucho de decir que el funeral es pompa vana que no obliga, que los clérigos dicen la misa muy mal y los Padres muy bien y que es cursi eso de las exequias; porque la Iglesia no les permite á ellos hacerlas, pero si impedirías.

Si piden sacramentos de la casa de un pobre, allí no encontrará el clérigo al fraile; no se ha dado un caso todavía; si algún pobre osara pedir confesión á los frailes, lo mandarian á la parroquia; ellos se reservan para los grandes.

Hay colegios dirigidos por clérigos, pero sólo tiene chiquillos de la clase media; los ricos van á los conventos.

Un fraile puede decir misa y confesar y predicar en las parroquias y en todas las iglesias de clero; los clérigos no pueden hacer nada de esto en las de los frailes. Las monjas sólo á éstos se confían por completo, nunca á los curas.

¿Se cree que un pueblo ó barrio ha caído en relajación de costumbre? Que vayan un fraile ó dos á dar misiones, nunca clérigos.

Los obispos se confiesan con frailes: esto dice muy bien; y con ellos hacen ejercicios y lo consultan todo, aunque sepan que están matando á su clero y arrebatándoles al pueblo...

¿No es esto para encender la sangre más tranquila? Pues aún no es todo. ¡Pobres curas!

JOSÉ FERRÁNDIZ
Presbítero.

Recogiendo basura

El príncipe Federico Enrique de Prusia, primo del emperador de Alemania

é hijo mayor del difunto príncipe Alberto (Regente de Brunswick), ha abrazado la religión católica y cedido su cuantiosa fortuna á la Iglesia romana, ingresando como monje en un monasterio italiano.

Hace algunos años fué desterrado por el Kaiser, quien le ordenó que jamás volviese á su patria; ¡tal vida de escándalos, vicios y abominaciones hacía! Después de andar errante por los países del Sur de Europa, enfermó del corazón y se acogió á sagrado, convencido de que ya no podía continuar su existencia crapulosa.

Los clericales echan las campanas á vuelo por esta conversión á *fortiori*, que les ha valido 250.000 libras, y se envanece de tener entre ellos esa piltrafa real.

Siempre fueron aficionados á la basura.

Material y moral.

NOTAS DEL CAMPO

Un deseo curioso de recordar hechos observados, es la causa de estas descuidadas líneas. Lo visto y lo palpado, no ya en un olvidado pueblo, ni en un rincón desconocido de nuestro país, sino en amplio espacio que encierra diversas regiones y tierras ditintas, lo apunté en notas breves, desordenadas, anárquicas en su expresión, tal como las pensé en un primer momento.

Prefiero conservar la barbarie de ese trabajo y reproducir las notas tal como las tomé, á retocarlas y desvirtuarlas con amaños literarios, con método con un orden. En unas el pesimismo es exagerado, en otras ocurre lo contrario; cuestión del cuarto de hora en que se escribieron. La verdad va encerrada en todas, pues nada es inventado, sino cosas vistas y oídas.

Deseo pintar al campesino tal y como yo le conozco, y si pudiera conseguir esto, sería tanto como hablar muy mal de todos los que no son campesinos.

Porque una sociedad que se esfuerza en conservar y aumentar el embrutecimiento del labriego para castrarle moralmente, es mucho más repugnante que ese mismo labriego castrado y que por ser tal, lleva dentro de sí el servilismo, la desconfianza, la malicia y la bestialidad.

Al fin y al cabo, el hombre acosado por el hambre y por la ignorancia, está justificado que se convierta en un sér más bajo que cualquier otro animal; pero los autores del daño que á conciencia lo ejecutan ó lo permiten, llamándole hipócritamente «un semejante», son más dignos del desprecio.

El tránsito más difícil de la vida campesina es la infancia. Morirse durante ese período es, por lo menos, tan lógico como vivir. Se verifica una selección natural: los más fuertes se salvan y los más débiles perecen. Algunas veces los más fuertes reciben una pedrada cierta, un palo bien dado ú otra caricia derivada de algún *sport* infantil y tampoco le cabe librar el pellejo.

Cuando un chico determina dejar esta puerca vida, se le **abrevia su reso-**

lución con unas fricciones de sebo, alguna cantárida, haciéndole comer algunas porquerías, ó en fin, con los infinitos remedios de la comadrería ó el saludador. Cuando ya no hay salvación posible, se llama al médico para que acabe de despacharle más científicamente.

La muerte del hijo entristece al padre durante algunos días en los que rumia palabras y murmura maldiciones; en la madre provoca unos gritos desgarradores coreados por vecinas y amigas que así cumplen un deber del que esperan reciprocidad. Pasada una semana, aquel accidente queda olvidado.

El chiquillo de unos labriegos debe saber las siguientes cosas:

Recibir una bestial paliza de su padre ó su madre, sin pestañear y sin soltar el menor gemido.

Tirar una piedra con habilidad. Maltratar á un perro, burro, gato, etcétera, con la mayor eficacia y sin necesidad de causa que lo justifique.

Devolver con creces los golpes recibidos, requisito sin el cual no debe presentarse descalabrado ante los autores de sus días.

Conocer á la perfección la mejor viña, el habar más recomendable, el huerto más apetitoso y el lugar mejor del pueblo para robar los frutos á su debido tiempo.

No pedir pan más que cuando lo haya en casa, sin tener en cuenta los aprietos del hambre. La ignorancia de esto acarrea buenos porrazos.

Con estos ligeros conocimientos el chico será calificado de listo y crecerá más tranquilamente.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuad.)

Galdós

Lo que es para un periódico de Málaga, ese español que honra á su patria:

«Galdós representa la descatalogización del pueblo, las pasiones de la hampa social, los odios de la masonería contra la virtud y la heroicidad y la hidalguía, la más atrevida mala fe para unir siempre en sus figuras novelescas el falso misticismo, con la conciencia más corrompida y asociar de ese modo á los más feroces crimenes las ideas de la religiosidad y del catolicismo, para que la hidra verdadera, que es el pueblo desenfrenado y ébrio de pasiones, generalice enseguida las percepciones imperfectas que recaba y acabe por declarar que dentro de cada hombre virtuoso hay un asesino, debajo de cada sota una malvado, tras las tocas de cada religiosa una hechicera.»

¡Bien por el malagueño! ¡Eso es saber, y juzgar, y hacer justicial!

¡Sin hostias consagradas que se habrá tragado ese indecente para atreverse á calificar así á D. Benito! Sería imposible de otro modo llegar á esa perfección en la rufianería clerical.

¡Cómo tendrá de perforado el cerebro, y alguna otra parte de su asquerosa individualidad! De seguro asistió de niño á un colegio frailuno, donde le darian las lecciones que allí dan á los

predestinados á degradación perpetua.
¿Cómo lo calificaría yo para juzgarle sin apasionamiento? ¿Qué le diría?...

Aunque no; basta con lanzarle una palabra...

Pero, ¿cuál, cuál?...

No la encuentro...

Mas ¡ay! ya di con ella...

Ba...

Me detengo, por no atreverme á pronunciarla. Es la única que le cuadra, pero es tan cochina...

Decidid mente no la pronuncio... Se necesita ser clerical para prescindir de todo pudor en estos casos.

O haber frecuentado sacristías...

O conventos...

O haber escuchado muchos sermones...

Por esto me limitaré (y aun esto ruborizándome) á indicar dónde se encuentra guardado el cacharro que se define con esa palabra:

En la mesilla de noche.

La propaganda rural

Insistiendo.

Han convenido en que es de urgente necesidad hacer una propaganda activa por provincias y villas, talentos tan despejados como Luis de Hoyos y el articulista que en *El País* se firma *Pedro Miguel*.

Yo no sé, ni me interesa saber, si estos señores leyeron mi artículo, donde se daba la voz de alerta, y que el viejo Nakens (no pongo adjetivos, pues le amo y le respeto mucho para enfadarle de intento) añadió unas líneas que me enorgullecieron. Si le leyeron, me regocija que princi pie á dar fruto; si no, me alegra más saber que en lo que dicho artículo se apuntaba ha pasado por otros cerebros que desde luego pueden hacer más en su pro que esta mi modesta pluma, condenada á estar recluida en un pueblo de la vieja Castilla y á paladear todos los sinsabores, todas las amarguras que sufre el que teniendo ideas propias y espíritu rebelde, va amarrado á la recua donde va toda la reata de inominados satisfechistas.

Volvamos al tema. La propaganda rural, si ha de ser eficaz, ha de hacerse de un modo *sui generis*, huyendo de las viejas prácticas de comité, de donde sólo salen concejales y caciquillos de menor cuantía; es menester utilizar todos los medios, hasta los mismos defectos del pueblo para dar los primeros pasos.

Teniendo muy en cuenta su arraigado espíritu idólatra, conviene que las primeras palabras que de ideas para él nuevas escuche, sean pronunciadas por labios autorizados, en sitio lo más concurrido posible y cuanto más artísticamente adornado mejor.

Luego, que esta propaganda no decaiga en ningún momento y se lleve á la besana ó á la era mientras el trabajo, encerrada en una copia; á la taberna y al café durante las horas de asueto; al hogar en los momentos de expansión y tranquilidad; á las fiestas en los días de regocijo; que el amigo hable al amigo;

el compañero al camarada; el padre, y mejor la madre, al hijo; el hermano al hermano; el convencido á todos; y que, unas veces hojas, otras folletos, cuando libros, cuando estampas, estén constantemente á la vista de los neófitos; quien tenga folios que los preste; el que posea láminas que las muestre; y que todos, en la medida de nuestras fuerzas, con los recursos de que dispongamos, incessantemente laboremos por la redención de estas pobres gentes que no salen de la ergástula, porque ignoran dónde está la puerta.

Tengamos en cuenta que estos hombres de buena voluntad son los que siguen á los Espartacos, á los Comuneros, á los Garibaldís, á los intrépidos caudillos, á los redentores apóstoles que con su valor ó su sapiencia les sugestionan.

Con esto, y con que los jefes se muestren como deben, sus semejantes y no sus amos; con que se practique por todos la verdadera idea democrática, lograremos establecer una positiva fraternidad que redundará en beneficio de todos, muy especialmente en pro de los ideales de justicia, verdad y progreso.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo y Junio 1-1910.

Culto á las formas

Al despedirse la coupletista *Chelito* para América, dió en Sevilla una función íntima á sus admiradores más entusiastas, unos quinientos, entre los que figuraban recalcitrantes clericales, que rinden culto á las formas esculturales por la noche y á las Sagradas formas por la mañana.

La entrada costó diez pesetas, y la mamá de la coupletista expendió personalmente las tarjetas para que aquellos alumnos de escuelas laicas se gozasen en la contemplación de las formas de la hija de sus entrañas, que se exhibió completamente al natural.

A la mañana siguiente, muchos de aquellos admiradores de la *Chelito* se golpeaban piadosamente el pecho en las iglesias, y seguramente se habrían escandalizado si al salir les entrega cualquier librepensador una *Hojita piadosa* de EL MOTIN.

Convengamos en que la educación religiosa es la única fuente de moralidad, pues enseña á admirar á Dios en sus obras más perfectas y libidinosas.

NOTA. La *Chelito* y su respetable mamá se distinguen, según se me asegura, por su celo religioso.

Ignoro si será cierto; lo que no puede negarse es que ambas recibieron al nacer el agua regeneradora de la gracia, y que la niña sigue bañándose en ella. Porque, como gracia, dicen que tiene mucha.

Y que entre los sevillanos bautizados que la admiraron encueros no habrá ni dos que se atrevan á renegar públicamente del catolicismo, esto ni que decir tiene.

¿Inmoralidad? Toda la que se quiera. ¿Catolicismo? También. El catolicismo ampara la inmoralidad, como la inmoralidad al catolicismo.

No hay que extrañarlo. Se necesitan mutuamente.

UN PROGRAMA anticlerical monárquico

Con la firma de *Un democrata monárquico*, recibimos el siguiente plan inicial de política religiosa en España.

Por más que algunas ideas pugnan con las de EL MOTIN, no cabe dudar que si ese plan llegara á ser el oficial del partido democrata, á pesar de su moderación y respeto á los hechos que se llaman fatales, habría de celebrarse como un progreso positivo.

Pero lo decimos con gozo y con amargura: la monarquía no aceptará este plan. Lo deploramos por el daño que irá causando su romanismo á los nacionales; nos alegramos, porque con ello adquiriría simpatías que atenuarían el entusiasmo que para derrocarla necesitan los españoles.

El plan es este:

1.º Reconocimiento legal y sincero del hecho religioso en toda su extensión, fundado en estos hechos fatales: imposibilidad de desarraigar el prejuicio católico con medios inmediatos; temeridad de toda empresa que lo intentara; legitimidad consiguiente de la forzosa expresión del sentimiento religioso por impulso instintivo incorregible por la violencia. De ahí un profundo respeto á esta legitimidad, y aun aprovechamiento de lo que tenga de socialmente útil, corrigiendo con prudente energía lo viciado y nocivo y encauzando el sentimiento público hacia la tolerancia, base de la libertad respetuosa, y ésta, base del orden y progreso social.

2.º Distinción sustancial entre el hecho religioso popular legítimo y el hecho clerical impopular é ilegítimo, que es la prostitución de la religión utilizándola para especulaciones con fraude del pueblo religioso. Tanto por tener el Estado eminente é imprescriptible derecho á velar por la honradez profesional de los nacionales, virtud cardinal de todo civismo, como por ser católico (y por ende obligado á velar por la pureza de la religión y por el honor del cristianismo) la nación española, restableciendo las sanas y cristianas costumbres de la monarquía católica, está obligada á sentar la mano á los culpables de abusos que con pretexto religioso desdoran la religión, corrompen la piedad del pueblo y perjudican el porvenir de la Iglesia.

3.º Distinción entre la política romana y la religión católica. Ha sido vicioso empeño de la curia romana introducir en los pueblos de su obediencia, como pertenecientes á la sustancia religiosa, que es inmutable y universal, las viciedades de sus conveniencias políticas, ocasionando con esta fraudulenta interpretación grandes conflictos intestinos y guerras internacionales. Por su parte, los monarcas católicos, avisados de este peligro, en el monumento de las leyes han dejado claramente definidos los términos de la religión y los de la política

extranjeriza; siendo tan celosos de la autoridad pontificia, como defensores de la independencia nacional y de su tradición religiosa. Las diferencias surgidas con Roma dieron cuerpo á las Regalías de la corona, reconocidas por la Santa Sede y confirmadas con juramento y bendición especiales en los concordatos. Y por cuanto en los últimos años la corte romana, en virtud de disposiciones tomadas sin autorización de los perjudicados (á cuyos derechos el Pontífice tiene jurado respeto y fidelidad), ha llevado las cosas á confundir lastimosamente los conceptos de religión y política-religiosa, contraviniendo notoriamente á la fe pactada, resultando de esto para muchos incautos deformado el concepto legítimo de religión, por esto el Estado está en el imperioso deber de impedir que la «religión oficial de la nación» sea deformada y pierda el augusto carácter que tiene en sus leyes.

4.º En consecuencia con esto el Estado afirma su independencia en el arreglo de los asuntos eclesiásticos nacionales extraños á la sustancia religiosa, y la perentoria inteligencia con el Pontífice para ajustar la disciplina interior de la Iglesia que de algún modo afecte los intereses civiles y que dependa de su jurisdicción, á las necesidades de los tiempos y lugares, según es deber moral del Pontífice.

5.º En virtud del derecho de tutela de sus nacionales, son de incumbencia exclusiva del Estado: 1.º Los negocios en que resulte interesado el derecho civil y político de los religiosos y su deber nacional cuando la disciplina arbitraria de la Iglesia pudiera servir de pretexto para facilitar la sustracción de sus fieles á las cargas nacionales, cargándolas sobre otros. Tal sucede en lo concerniente al servicio militar, en que la profesión y la ordenación implican la liberación del servicio de las armas del individuo cuya plaza ha de ocupar otro nacional. Es notorio que esta deserción paliada de uno, encierra una pena de muerte para el que por tal causa sucumba en la guerra: injusticia enorme é intolerable. 2.º Item los negocios en que puedan resultar lesionados los derechos de tercero v. gr. el frecuentísimo hecho de que los jóvenes abandonen sus padres por meterse religiosos, sirviendo la vocación de espuerta para la comisión impune de un delito señalado en el Código penal, sustrayéndose á un deber filial sancionado en el Código civil. Los padres pasan á agravar con su miseria la sociedad, condenada por la profesión del hijo á mantener los padres abandonados. El Estado debe defender el derecho social y el derecho de los padres. 3.º Los negocios en que pueda resultar comprometido el derecho natural y social de los menores, cual ocurre en el modo de reclutar las vocaciones en edad en que los candidatos carecen de la discreción necesaria, fundamento de la libertad moral y de la validez de sus pactos morales. 4.º Los negocios que

afectan á la dignidad social, á la honestidad de los nacionales, ó á su sustentación vital, v. gr. el escándalo público, indecoroso para la Iglesia, de ver restituidos á la sociedad con censuras canónicas que los privan del honor religioso y les retienen fuera del derecho común, los eclesiásticos emigrantes ó expulsos del clero. Sin que el Estado se introduzca en examinar si la ordenación ó profesión se deben á error del individuo ó del Prelado, debe impedir que estos nacionales inhabilitados por la ineducación para el trabajo honroso, vengán á aumentar la plaga de la mendicidad y vagancia pública, con desdoro de la religión oficial. Para ello se cortará preventivamente la ineducación, y se aplicará á los otros casos las medidas que aconsejan la caridad cristiana, los cánones generales de la Iglesia, la disciplina particular de España y el criterio político social moderno.

6.º La profesión religiosa, según al presente se practica, implica la deserción del trabajo y el aumento de la vida económicamente parasitaria. Sin que el Estado merme la libertad para abrazar aquella vida de perfección individual, debe impedir el daño social que trae consigo el modo de practicarla, pues nadie tiene derecho ni puede considerarse libre para causar un daño á otro. Sobre esto se dictarán las medidas preventivas que garanticen aquella libertad sin ofensa del interés público.

7.º El Estado debe poner singular atención en la enseñanza pública para evitar que se convierta en arma de corrupción, en monopolio ó foco de corrupción. Para cumplir este deber, debe garantizar la libertad perfecta de la Iglesia para la enseñanza del Evangelio en sus templos y la independencia absoluta de la enseñanza científica y artística, haciendo separación total entre el magisterio científico y el religioso. Pero como la experiencia ha acreditado que con pretexto de ciencias sagradas se enseñan doctrinas subversivas y poco conformes á la ley natural y el derecho de gentes, se reponen en su vigor las leyes nacionales sobre revisión de textos en los seminarios y demás libros de piedad, aplicados á toda publicación que pretenda utilizar el título de católica.

8.º Debe equilibrarse el desnivel poco ejemplar que existe en el disfrute de obvenções eclesiásticas, dignificar el profesorado eclesiástico y enaltecer la función judicial. Al efecto se harán los reglamentos oportunos.

9.º Los abusos cometidos llaman la atención del Estado sobre la emigración de dinero por la vía religiosa. Para remediar el mal urge reproducir las sabias disposiciones de los católicos monarcas prohibiendo la exportación de moneda. El Estado Español, deseoso de rendir obsequio á la Santa Sede, podrá pactar con ella la cesión de una parte prudencial de los fondos de Cruzada para el dinero de San Pedro. El Pontífice renunciará por su parte á toda suerte de

limosnas, legados y dádivas de los subditos españoles.

10.º Siendo deber del Estado el fomento de la industria nacional que sufre gran desequilibrio, dará leyes prohibitivas de la introducción de libros de rezo y objetos de piedad, reproduciendo las sabias disposiciones del «Nuevo Rezo» en armonía con los tiempos.

11. Las agitaciones políticas y religiosas de España han distraído la atención del Estado respecto de algunos cambios que ha sufrido la disciplina del clero romano en oposición con los privilegios reconocidos á España. Uno de ellos es la reforma de la Inquisición. Espíritu fué de la monarquía católica que los fieles nacionales no fueran juzgados por tribunales extranjeros. En este sentido las causas de pravedad herética y demás de la competencia de la Inquisición serán sustanciadas en España por las reglas de la suprema Inquisición española armonizadas con los Códigos vigentes.

12. Igualmente celaron los CC. MM. por que los religiosos españoles no dependiesen de autoridades extranjeras. En este sentido deben reponerse las Comisaría generales para todos los institutos.

13. De igual modo celaron la independencia de la Rota. Deben reponerse las penas señaladas en las RR. Pragmáticas contra los transgresores de sus sentencias y contra las apelaciones saltando su autoridad.

Las reformas administrativas aquí expuestas pueden verificarse sin recargo del presupuesto: las demás no lastiman en nada sustancial la disciplina. Por ellas se favorece y robustece la personalidad del clero inferior y se redime al clero nacional de la esclavitud romana. Se interviene la contabilidad, se corta el fraude de «el individuo pobre en la comunidad rica» y se limpia de granujería el espíritu religioso.

Repetimos que es poco todo eso, para cortar de raíz los males que España padece por causa del clericalismo; pero, en fin, nos contentaríamos por ahora con que se realizase.

Del lobo un pelo.

Maestras levantiscas

En las escuelas de Ayerbe reparten las maestras Felisa y Enriqueta Hojitas clericales contra las escuelas laicas, y están enseñando á los niños un himno, especie de trágala á las autoridades liberales, para que lo canten el día de los exámenes.

¿Y por qué esas autoridades no se portan como tales, impidiendo que esas pedagogas se encierren en el estricto cumplimiento de su deber?

Si quieren distraerse con musiquitas, que tarareen, cuando nadie las oiga, la canción de *Las Feas*.

Y así estarán en carácter.

SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

IX

La hija de Jauja

Por mirar á las estrellas
las estrelietas del cielo,
San Juan tenía una novia
y se la quitó San Pedro.

(Cantar popular.)

Acabamos de dejar á la *ovejita* con los labios pegados, no ya á los labios, sino á los bordes de la herida de su pastor. ¡Qué ensueño! El delirio, la locura! Pero hétenos ahí que la monjita sale al jardín por la noche, y se siente trágica como el Pierrot, y canta allí sus baladas:

¡Oh, luna, plácida luna

El aire refresca la cabeza, sosiega los nervios místicos, y refrescada la delirante cabecita de la monja, se acuerda de que la Adela y el Manuel de las Ruinas de mi convento se daban citas en la luna y utilizaban de mensajeras las estrellas... Y canta las penas de sus amores en esta forma novelesco-ramplona, glosando á Santa Teresa:

En la noche callada
Y en sitio donde nadie me veía,
La región estrellada
Miraba el alma mía,
Y, hablando con su Amor, así decía:

«La noche es serena y tranquila; la brisa nocturna agita blandamente el frondoso ramaje de los árboles; las estrellas resplandecen acá y allá, cual diamantes heridos por los rayos del sol; y las nubes, temerosas quizá de empañar el brillo de los astros, se han quedado allá en donde parece que el horizonte se confunde con el mar.

¡Qué noche tan hermosa. La naturaleza parece muda al contemplar su propia belleza y esplendor: ese manso ruido que produce la brisa, jugando en la enramada, semeja un himno dulcísimo que los árboles cantan á tí. ¡Qué calma! ¡Qué paz! ¡Qué silencio!; pero silencio elocuente, porque él habla á mi alma. ¡Vuela, pues, alma mía, por esas regiones elevadas del espíritu, mientras mis ojos admiran la hermosura de ese cielo que parece sonreír sobre mi cabeza. ¡»

¿Qué más podría apetecer el cuerpo de la mujer, sobre esta *hermosura* para los ojos, esta *delicia* para los oídos, este *perfume* para el olfato, con el estómago bien cenado, con la cama puesta, con la renta segura, con el espíritu calmoso, con un esposo en el cielo y un Vicario suyo en la Tierra; sin necesidad de guisar, de lavar, de fregar, de soportar impertinencias de padres viejos, las genialidades de un marido latoso, ni las molestias de los chiquillos? Y sobre ese arsenal de muelles delicias, añadir la fama de santa, la preeminencia social, las lisonjas del clero y la veneración del pueblo... ¿Qué más quiere esta desahogada y geniatuda palomita?...

¡Ay!... Todo eso es nada para saciar la lujuria hambrienta de su espíritu. Si algo vale esa inmensidad de holgado solaz, es porque le habla de su amor... Así lo dice ella:

«¡Qué hermosa es la soledad para un corazón que te ama! Pero que morada tan triste es la tierra para el alma que vive en ella como en un destierro! ¡Ay alma mía! ¿Deseas tú ser una estrella suspendida en la bóveda del cielo? ¿Deseas girar, como los planetas? ¡Sí, tú eres rey de mi corazón, dueño de mi voluntad, objeto amorosísimo de mis pensamientos, centro de mis deseos y vida de la mía.

Si, ¡tú me tienes como suspendida, como levantada de la tierra; y he aquí porque todo lo que se relaciona con ella, ni me alegra, ni me entristece, ni me turba ni me distrae: nada encuentro en ella que pueda merecer un pequeño latido de mi corazón, y por eso, cuando fijo los ojos en ella, le envío una mirada despreciativa ó desdeñosa. Cuando trato con las criaturas y éstas no me hablan de ti, huyo de ellas.

Mas ¡no, ¡no! Perdóname esta exaltación momentánea; que no puedo detener mis impulsos, cuando contemplo la hermosa patria mía. ¡Oh cuánto anhelo el poderla gozar! Pero si tú ¡me quieres aún peregrina en la tierra, tuya soy; y siendo tuya ¿qué he de querer yo, sino lo que tú quieres? ¿Te agrada verme aquí, peregrinando en la tierra? ¿Te gusta oírme suspirar por unirme á tí? ¡Pues á peregrinar, alma mía, por este destierro, ¡sin tregua ni descanso! A navegar, alma mía, por ese golfo enresapado de la vida humana noche y día.

Pero dirígeme tú, ¡rey de mi corazón, para que mi alma, cual ligera navicella, se deslice serena sobre sus bravas olas. Dirígeme tú por la estrecha senda que ha de conducirme á tí; en ella sé que hay abrojos y espinas y que es preciso hollarlos... los hollaré con mis plantas; mas cuando el dolor llegue á mi corazón y arranque lágrimas á mis ojos, haciéndome vacilar... ¡Oh Dios mío! Entonces haya en tu corazón divino una gota de consuelo para el corazón de tu sierva.

Dios mío.—Que eres su Criador.—Y le dice que deje la tierra y se eleve con el pensamiento al cielo.—Y que ha sido criado para mí.—Pero, si tú lo tienes; eres más afortunada que las estrellas! Jesús es el centro de las almas y el rey de los corazones. ¿No es verdad, Jesús mío?—Mi Dios.—Dios mío.—Dios mío.—Dios mío.—Que se llama mundo.—Dios.

Comentario

Pero ¿a qué especie zoológica pertenece ese tipo presentado por Valencina, esa fulana hinchada de fatuidad, mimosa, ingrata, insensible á toda belleza y á toda aflicción, salvo las de su loca fantasía? «Todo el universo junto... ni la alegría ni la entristece... Nada puede merecer un latido de su corazón...» ¡Y pensar que para concebir y sacar á luz á ese bichito una pobre mujer pasó nueve meses de vómitos y de privaciones, y se puso en trance de muerte, y trastornó toda la vecindad y estudiaron ginecología las comadronas!...

Nada le importan á ese sér descastado las alegrías y tragedias de la huma-

nidad. Guerras, cataclismos, pestes, iniquidades, miserias... ¡nada turba la serenidad de la pantera... Ni un sólo recuerdo tiene de sus padres. Muere su madre, quizás en el arroyo, llena de desesperación, de hambre y de ignominia, invocando el nombre de su hija... Las vecinas la oirán; planearán los mismos enemigos; el foragido sentiráse movido á lástima; la perrilla acudirá á acariciarla; el gato dará calor á sus miembros; el asno que explotó la mirará con veneración; los pájaros piarán y llorarán con ella; las rocas enviarán á otras rocas el eco de su gemido; la atmósfera transportará al infinito sus alaridos... ¡Sólo la monja, hija suya, no oirá, ni se turbará, ni latirá, ni interrumpirá la dulcedumbre de su idilio con el fraile...

Donde amor su nombre escribe
y su bandera desata
no es la vida la que vive
ni la muerte la que mata...

(Cartagena.)

Así vive la monja sólo la vida de su amor fraileesco: nada más oye, nada más ve; no siente otra cosa que su fantasía, su capricho, su locura: la obra del fraile.

«Todo el Universo no vale un latido de su corazón de monja»; pero en cuanto el fraile se agita en su mente, su corazón late frenético, indomable y loco, como ya vimos, y según veremos más adelante.

¡Sigue mirando á las estrellas, abubilla; esas estrellas que van midiendo tu vida y tu juventud y diciéndote: *día que pasa no volverás á encontrarlo*... Síguelas mirando con el cristal de color monástico; cuando pierda su color el cristal... ¡ya nos lo contarás tú misma!

S. PEY ORDEIX

El cura Santol

Después de Sor Cándida, traficante en chicos tuberculosos, y practicante de la caridad según la entiende la Iglesia, aparece ahora en escena el abate Santol, que explota en París á los chicos pobres y abandonados, sacando el jugo á lo que aquí llamaríamos *golfos* que es un *primor*.

Posee este clérigo un magnífico inmueble en París, regalado por una de esas personas que no ven más allá de sus narices, y titula sus manejos con el sonoro dictado de: *placement familial*. Tiene muchos amigos, protectores y partidarios, y tiene muchísimos adversarios que ven claramente que debajo de los guñapos de esa caridad se encubre un negocio repugnante y un tráfico odioso con la miseria y la infancia abandonada. El abate Santol ha sido perseguido varias veces por los tribunales por malos tratos á sus asilados y por disponer de ellos á su antojo, colocándoles donde le da la gana, sin dar cuenta á los padres y sin averiguar de donde proceden los chicos, ni qué har hecho. Todo golfillo que comete una ratería, para evitarse una corrección, se refugia en casa del abate Santol, el cual lo manda á un extremo de Francia, has-

ta que el chico se escapa y vuelve otra vez a París.

Cuenta con numerosos satélites, que le recogen chiclelos por las calles y se los llevan, sin dar cuenta a sus familias ni exigirles papeles ni documentos de ninguna clase; un verdadero secuestro.

La ocupación general que se da a estos chicos, es la de pastores y aprendices en hornos de vidrio, para lo cual Santol está en relaciones con todos los fabricantes de cristal franceses. Las elevadas temperaturas que han de soportar en este oficio sumamente penoso, las malas condiciones en que se les tiene, y la alimentación casi nula que se les da, es un manantial inagotable de tuberculosis, caquexia y anemia para estos infelices, cuya moral se descuida en absoluto, y hasta muchas veces no han faltado desalmados que han utilizado en goce propio los hábitos viciosos de que está infestada esta pillería.

El abate Santol se cuida de cobrar todos los emolumentos que ganan sus protegidos; ni ellos ni las familias ven un céntimo, y en las fábricas de vidrio hay un continuo trasiego de jovencuelos que entran allí a dejar su sangre y sus músculos bajo la égida protectora del angelical Santol, que se embolsa los cuartos, no sin beneficio también del fabricante.

Esta mercadería de carne infantil dura ya hace años, y a cada momento surgen procesos contra Santol, que es un fresco que se rie de todo, y que siempre sale bien. Ahora mismo le han denunciado dos familias por haber acogido a sus hijos sin permiso de nadie, haberlos explotado, y haberlos mandado a cien leguas de París, como si se tratase de bultos, no teniendo para nada en cuenta los derechos paternos y lo que la ley dicta respecto a los menores.

El cura Santol es más odioso que Sor Cándida. Esta tenía pocos asilados, alojados en suntuosos asilos, más bien palacios, y los cuidaba bien, y ya podía hacerle, porque con ellos sacaba millones a porrillo. Santol, en cambio, los explota y estruja hasta aniquilarlos, y es un proveedor cruel de carne infantil para los hornos de vidrio, que le pagan a buen precio, y cuya ruina (la de los chicos) les tiene sin cuidado a los fabricantes y al cura, el cual les hace tantas remesas de víctimas como necesitan.

Con motivo de estos escándalos se pone de manifiesto la necesidad de que el Estado vigilara la beneficencia privada de las llamadas casas religiosas. Nakers ha pintado con tan sombríos como reales colores lo que pasa en las cárceles; pues sépase que existen asilos cuyos habitantes se creían transportados al Paraíso si se les sometiera al más despiadado régimen carcelario.

Precisamente estos días he recibido cartas de los refugiados en la Casa de Caridad de Barcelona, institución riquísima y próspera, y que nada en dinero, donde me refieren horrores del trato que les dan. No es la primera ni la décima vez que recibo tales quejas; lo mismo me ha sucedido con el asilo de San José de la Montaña, Casa de Corrección de Durán, Hermanitas de los Pobres, etc., etc. En todas esas casas las comidas son asquerosas y repugnantes bazofias; judías agrias y podridas, sopas de mendrugos sin grasa ni aceite, pero abundantes de sal y agua.

Todo se lo chupan y tragan las mon-

jas, hermanas y frailes que mangonean estas casas; en todos estos asilos hay enjambres de pollos, palomas, cerdos, cerdos, cabras, etc.; inmensas despensas abarrotadas de conservas y embutidos; tinajas enormes repletas de almibares y compotas; de la plaza vienen los pescados más exquisitos, las frutas más selectas, los bocados más sabrosos.

Pero de todo esto no ven ni una migaja los pobres, los ancianos, los huérfanos ni los enfermos. La cocina de las hermanas recuerda las bodas de Camacho; la de los asilados da frío; en aquellas enormes calderas sólo flotan mendrugos y judías podridas.

Y en estas casas invierten fondos el Estado, los Ayuntamientos, las Diputaciones, y vacían sus bolsillos los ricos. Todos, todos ellos son cómplices de estas infamias por no remediar esta explotación infame. Si hacen alguna visita la anuncian a son de bombo y platillo; aquel día las camas tienen colchones, sábanas limpias, colchas inmaculadas, los asilados van calzados, de la cocina irradian vahos y olores de guisos apetitosos y abundantes.

Ya ve usted—me decía en cierta ocasión la superiora de un gran asilo próximo a Madrid, enseñándome la cocina abarrotada de fuentes y bandejas repletas de merluza rebozada, pollos asados y pasteillos de hojaldre,—ya ve usted cómo comen aquí estas gentes, que en su vida se habían visto hartas de pan, y aún se quejan...

Pero en un descuido de la Superiora, el capellán de la casa, que nos acompañaba en la visita, me dijo:

—No la crea usted, es una embustera; esta cocina es la de ellas, es la que se enseña a todos los visitantes; en la de los asilados no hay más que mendrugos y coles podridas.

Yo he denunciado muchas veces en la prensa de Barcelona estos horrores; no he adelantado nada; las autoridades se han hecho las sordas; los protectores de los asilos siguen engordando a las hermanas y matando a los pobres. Y ¿por qué no decirlo? Ni aun mis colegas de la prensa liberal se han hecho eco de mis clamores; al pobre que lo parta un rayo. ¿Y esto es religión, y caridad, y altruismo? ¿Cómo a esa Sor Cándida, a ese abate Santol, a esas hermanas y hermanecos que mangonean los asilos no se les atragantan el pan y los sabrosos bocados que comen a costa del estómago de tantos infelices que les miran con envidia? ¡Miserables! ¡Canallas! ¡Ingatos! ¿No reconocen que por los pobres y para los pobres se les da todo cuanto tienen? Ya que son malos y bellacos se les podía tolerar que robaran algo, pero que se queden con todo, no hay conciencia honrada que lo tolere.

¡Ojalá vayan a parar a sus asilos todos aquellos que pudiendo impedir estas infamias, son sus cómplices y encubridores!

FRAY GERUNDIO

Caridad á trompetazos

Varias señoras de San Sebastián piden dinero para llevar a Lourdes cincuenta enfermos incurables. En el mismo tren irán ellas y el obispo de la diócesis.

¡Exhibición!... ¡Vanidad!... ¡Crueldad!...

Si son incurables, ¿para qué molestarlos? Y si tienen cura, ¿por qué no acudir a los médicos en silencio, con piedad verdadera?

Pero no! Hay que hacer ostentación del acto, sacar dinero y divertirse de paso.

¿Y ese obispo que las acompaña? Más le valiera enterarse de las miserias que hay en su diócesis y socorrerlas; de lo suyo y de lo que le dieran.

Y a todo esto, ¿qué? ¿Llevar bien amaestrado al granuja que se preste a recobrar la vista que tiene, a que se le disuelva la joroba de sal que ostenta, ó a que se le enderece la pata que encoge? Porque si no van a eso, a fingir un milagrito, ¿a qué van?

¡Cuánta mentira y cuánta farsa se cubren con el manto religioso!

Cuando no infamias, cuando no crímenes...

Bendigo a Dios por haberme inspirado hace tantos años la buena idea de apartarme de la religión de su amantísimo hijo, en el que tiene puestas todas sus delicias.

Mi entrevista con el obispo

¡Chantecler!, exclamó el obispo, en correctísimo gabacho, leyendo mi tarjeta, que acababa de entregarme su paje, y, alzando los ojos, me miró de alto a bajo, mientras yo contestaba:—Servidor de V. E., en claro castellano.

—Yo creía que era usted francés?

—No, señor; español y muy español, aunque en Francia reside habitualmente mi parentela. El gallo de mi primo Edmundo Rostand es tradición de familia. Yo me puedo llamar con orgullo *Chantecler*, como mis ascendientes y colaterales no tendrían escrúpulos en firmarse *Cantaclaro*.

—Por cierto que tienen ustedes un pico...

—La garganta sana, señor, y nada más. Mucha higiene y libres de pepita, gracias a un heredado secreto que conservamos como oro en paño.

—¿Fuma usted?—me preguntó el prelado después de invitarme, con distinguido ademán, a tomar asiento.

—No, señor; y eso que he sido estanco en Villafeliche.

—Me han anunciado a usted como periodista, que desea celebrar con Nos una conferencia. Estoy a sus órdenes.

—Agradezco sinceramente a V. E. su fina atención y exquisita cortesía. Desde luego le calumnian los curas, que propalan por ahí todo lo contrario.

—Los curas, Sr. *Cantaclaro*, no son personas y no merecen mejor trato que el que reciben. Salvo contadísimas excepciones, son ignorantes, groseros, mal olientes, desleales, hipócritas, incrédulos, avaros, soplones, egoístas y malos compañeros.

—¿Pues no dicen los Santos Padres que son la luz del mundo y la sal de la Tierra?

—Ya lo creo: luz que se apaga y sal

averiada. ¡Si tuviera usted que entenderse con ellos!

—Bien; pero eso será efecto de la mala educación que recibieron en los seminarios.

—Naturalmente; como que los seminarios son verdaderos focos de corrupción y de ignorancia.

—Y del poco escrupulo en la elección del clero—me permití añadir.

—Nosotros no podemos aquilatar las vocaciones; nos quedaríamos sin curas, porque todos los aspirantes son peores. A la iglesia, al santuario, sólo acude hoy, por regla general, el detritus de las últimas capas sociales; los desperdicios del trabajo honrado, del mostrador, del azadón, del arado, de la baja servidumbre de los grandes; porque las aristocracias de la sangre y del dinero y aun la bien acomodada burguesía, que se enorgullecen y pavonean haciendo alardes de catolicismo, desprecian el alto honor del sacerdocio para sus hijos, en favor de los hijos de sus cocineras, de sus lacayos, de sus porteros ó de sus colonos.

—¡Eso es inexplicable!

—Para usted sí, para mí no. Las clases elevadas ó directoras, son de aquella condición que Cristo señaló cuando dijo de los fariseos: «Estas gentes de boca aman á Dios, pero su corazón está muy lejos de El.» No creen en el dogma y se ríen de la moral; son devotas por conveniencia, porque la devoción las distingue y es como el sello de la separación de los pobres, de los humildes, del pueblo. Si los de abajo fueran católicos, serían librepensadores los de arriba. La lucha de clases, cobijada con la bandera de la fe.

—Mi objeto, al atreverme á molestar la alta atención de V. E., no es otro que el de conocer su opinión privada sobre las escuelas laicas y saber si el eminente filósofo, distinguido jurisconsulto y afamado pedagogo sostendría ante la crítica cuanto en su última pastoral ha dicho el prelado diocesano.

—Le diré á usted: el obispo es personalidad de dos naturalezas; como prelado no tiene libertad ni de pensamiento; como hombre piensa como quiere y obra como le place; sólo se le prohíbe que cante claro.

—¿Qué tormento!

—Me alegro que usted lo comprenda.

—¿Pero qué se propone la Iglesia con la ruidosa campaña de la instrucción y educación primaria?

—Soliviantar las conciencias, encender las pasiones, perturbar los ánimos, amenazar á los poderes constituidos y crear dificultades á los gobiernos para pescar en río revuelto.

—Por eso, porque la Iglesia ha tenido en sus manos por espacio de muchos siglos el monopolio de la enseñanza, y si no ha sabido crear una generación devota y sumisa, mal podrá ahora, que ha roto filas la masa popular, detenerla en la vertiginosa carrera que ha emprendido hacia la incredulidad.

—Opino como usted, Sr. Cantaclaro, y tengo por descontado el ruidoso fracaso de la Iglesia. Con estas escuelas laicas ó sin ellas, e-to no tiene remedio: es cuestión de tiempo, acaso de poco tiempo.

El bondadoso prelado se levantó, como dando por terminada la visita; me bendijo y despidió con tan dulce afabilidad, que salí encantado y casi dispues-

to á rectificar el juicio que tenía formado de la mala educación de los obispos.

CANTACLARO

Burradas

En un articulejo firmado por *Un Maestrico*, leo en el *Heraldo de Zaragoza*:

«¡Viva la escuela que, basándose sus enseñanzas en la doctrina de Cristo, enseña cuál es el origen y el fin de nuestra vida! ¡Viva la escuela y bendita sea la que viendo en Cristo su Maestro, acoge en su recinto á un apóstol infatigable de su fe y sus creencias para armonizar y unir más fuertemente los deberes que nos debemos, así como los que contraídos tenemos con la Patria, el Rey y las instituciones todas! ¡Viva y mil veces viva la escuela de aldea, pobre si se quiere, y aunque sea con musarañas, con tal que ese polvo antiguo, pero en reposo, y esas paredes viejas huelan á católicas, suficientes para enseñar la verdadera ciencia y origen para descubrir otras tantas lápidas y nuevas páginas en la Historia.

¿Qué importa no se le dé á la escuela una magnificencia exterior, si ya desde antiguo le rodea una aureola de gloria? Mas queremos, parodiando un hecho histórico, «más vale gloria sin escuelas que escuelas sin Dios.»

¡Viva, gritad conmigo, la escuela católica y abajo y maldita sea la que destruyendo á Dios de ella desea sembrar la cizaña para en ocasión, no lejana destruirnos á nosotros mismos!»

No me extraña el lenguaje estúpido de ese *maestrico*: los hay muy rocinés.

Lo que no comprendo es cómo inserta esas vaciedades un periódico que se las echa de liberal y hasta de demócrata.

Aun suponiendo que fuese católico, (luz y sombra), creo que debería rechazar tales esperpentos en nombre del buen gusto literario.

Porque no ví *maestrico*
más atún ni más borrico.

Levántate y anda

«...Lázaro, levántate y anda», murmuraba incesante la tradición nazarena de hace dos mil años por boca del Justo á la puerta de todos los caídos, al paso de todas las injusticias.

Y después... después se sucedieron en la sombra y á través de los tiempos lo que ya no mencionan las leyendas mosaicas, cosas muy amargas y muy tristes, vulgares tonterías que siempre pesaron sobre los oprimidos, días interminables sin pan para el cuerpo, noches eternas sin luz para el espíritu. Lucha feroz é inacabable entre esos dos gigantes tiranos del hombre, el pensamiento y el estómago.

Y sigue... y sigue el viento que pasa sobre todas las ruinas y se cierne sobre todos los abismos llevando en sus impalpables alas el ritmo agorero de la leyenda semita.

Y las criaturas tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, porque á veces el hombre desciende,—¡singulares ironías del vivir humano!—desde el trono refulgente del genio á la última escala de la zoología, y se convierte en zoófito.

Y el monstruo ciego y sordo que contaron orientales theogonías, representando en el hombre, permanece inerme é insensible ante la solemnidad del mandato bíblico; continúa inmóvil y mudo, indiferente á las terribles lecciones de la Historia, estacónado y quieto, ante las duras enseñanzas de los tiempos y las amargas experiencias de las cosas.

Y en medio de esta «noche obscura del alma», destacándose en las turbieces de tanta sombra, el Angel de los castigos, silencioso y vengador, avanza sus alas trágicas.

Y fué en vano que el terrible Isaías desatara los rayos de su elocuencia y de su cólera; inútil que Jeremías llorase con lágrimas de infinita tierna piedad por las desdichas del mundo antiguo...

No, no redimen ni la amenaza ni el llanto. Redimen las obras.

A otra cosa. O mejor dicho, de otro modo.

Hay que destruir muchas cosas, pero no sin crear al propio tiempo; que la tarea de la sola destrucción es de suyo labor ingrata y negativa.

Convencionalismos en política, fórmulas ineptas en literatura, prejuicios en religión, rutinas de escuelas, estrecheces de criterio, cobardías del espíritu, tibieces anodinas de la hipocresía... ¡Cuánto y cuánto escombros y cuánta ruina detienen en su caída al hombre de hoy, moderno Lázaro!

Bajemos del altar el ídolo simbólico de la mujer vendados los ojos y baja la faz.

Mucha luz y mucho ambiente.

La cabeza fué para llevarla muy levantada y los ojos para tenerlos muy abiertos.

Que la razón y la dignidad humanas no sean palabras vacías sin significado ni sentido ético en la vida social de la ciudadanía democrática.

El gran maestro francés, el insigne autor del *J'acuse*, generosa y valiente voz de épica protesta que clamaba airada contra una de las más grandes injusticias sociales de estos últimos tiempos, nos tiene dada la fórmula evolucionista para la redención de Lázaro: Fecundidad, Trabajo, Justicia y Razón.

Laboremus.

F. MACÍAS AMAYA

Los móviles religiosos

La mayor parte de los sociólogos convienen en que pueden reducirse á tres grupos distintos, á saber: los móviles egoístas, que obedecen al miedo; los mixtos, al interés; y los altruistas, al amor.

«El primer sentimiento—dice Grasse-rie—que debió experimentar el hombre nacido de padres tan miserables como él, al verse sin abrigo y sin defensa en medio de la naturaleza implacable y armada, fué ciertamente de miedo y de defensa. Hallaba en sus padres un apoyo, pero muy escaso, porque apenas podían defenderse ellos: sin embargo, este apoyo fué el origen de una veneración profunda que muy pronto se extendió aun al padre difunto y fué el fundamento del culto de los muertos. Por otra parte, el padre no sólo ayudaba; también maltrataba y hería; y, como aún se ve hoy, prodigaba con mayor frecuencia los golpes que las caricias.»

Todavía el miedo es el factor primordial de la educación, hasta el extremo de que en nuestros colegios se observan en los alumnos diferentes modos de obedecer. Los de familias educadas, obedecen por simples insinuaciones; los que han sido golpeados por sus padres y maestros, prodigaban la compostura y buenas maneras de los instructores modernos.

Los salvajes reverenciaban mucho á sus padres difuntos, no por afecto, sino por el miedo que les infunden, y les ofrecen sacrificios con el fin de alejar y apaciguar la cólera y mala disposición de sus espíritus.

El sentimiento religioso está influido principalmente por esta causa, y de ahí que en todas las oraciones se pida la conservación de la vida y el perdón de los castigos.

Las religiones primitivas son siempre demoníacas. No existen más que dioses del mal, y este carácter persiste mucho después que las religiones entran en el dualismo, es decir, cuando introducen los dioses buenos junto á los malos. Aquéllos, sin embargo, conservan siempre un carácter de severidad temible, y de tiempo en tiempo se enfurecen.

Cuando la mentalidad progresa, no por eso el fondo del miedo desaparece; pero los hombres quieren entonces ganarse la buena voluntad de los dioses por medio del ejercicio de las virtudes y de la sumisión incondicional. Con el odio hacia los dioses malos (vulgo diablos) también se buscan galardones divinos, principalmente, el de la eterna bienaventuranza, que no es otra cosa que el sentimiento de la prolongación de la vida en magníficas condiciones. Sin la vehemencia de este sentimiento, nadie hubiera hablado jamás de la inmortalidad del alma.

Ya en este período evolutivo del sentimiento religioso, más que el miedo actúa como móvil primordial el interés. Los sentimientos amorosos son la última y más levantada manifestación de la religiosidad, como lo demuestran esas plegarias de los santos, en particular de las santas, repletas de unión é inefables dulzuras:

No me mueve, ni Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de adorar-te. Tú me mueves, Señor, moviéndome al verte al revado en esa cruz y sacando el alma.

En esta plegaria de Santa Teresa hay un erotismo y una afectividad que encantan; sin embargo, el interés y el interés también se manifiestan; de lo contrario no habría dicho que el cielo le esta-

ba prometido, ni que el infierno era espantable suplicio.

Miedo, interés y amor son móviles religiosos que no escasean en todas las oraciones hechas y por hacer.

¡Embusteros!

Mal andan los clericales de argumentos para combatir las escuelas laicas, cuando tienen que apelar á la mentira para embaucar á los suyos.

Uno de los que empiegan es el de que Víctor Hugo reconoció la necesidad de la enseñanza religiosa, siendo así que lo que dijo fué esto, además de lo que reproduce hace unos cuantos números:

«¡Ah, os conocemos! Conocemos el partido clerical. Es un partido viejo y tiene su hoja de servicios. El es el centinela de la ortodoxia. El es quien para decir la verdad, descubrió la ignorancia y el error. El es quien prohíbe á la ciencia y al genio adelantarse al misal, y quien quiere *alumbrar* el pensamiento con el dogma. La ciencia ha progresado á pesar de sus esfuerzos para impedirlo. Su historia está escrita en la historia del progreso, pero al revés...»

«Es el que mandó apalea al que dijo que las estrellas no caían. Es el que impuso tormentos atroces á Campanella por haber adivinado el secreto de la creación. Es el que persiguió á Harvey, el descubridor de la circulación de la sangre. Para no desmentir á Jesu, encarceló á Galileo para no desmentir á San Pablo, encarceló á Cristóbal Colón.

Descubrir las leyes celestes es una impiedad; descubrir un mundo una herejía. Es el que lanzó el anatema contra Pascal, en nombre de la religión; contra Montaigne, en nombre de la moral, y contra Molière, en nombre de la religión y de la moral.

«¿Y vosotros queréis ser dueños de la enseñanza? Mientras no hay ni un poeta, ni un filósofo, ni un pensador que os acepte? ¿Mientras todo lo que se ha escrito, descubierto, soñado, deducido, ilustrado, inventado por el genio, los tesoros de la civilización, las herencias seculares de las generaciones, el patriotismo común de la inteligencia, ha sido rechazado por vosotros?...»

«¡Si el cerebro de la humanidad se presentase á nuestras miradas abierto como las páginas de un libro, vosotros lo borraríais!»

«¿Y vosotros reclamáis la libertad de enseñanza? Escuchad: somos sinceros, entendemos bien acerca de la libertad que reclamáis: es la libertad de no enseñar.»

Esto fué lo que dijo Víctor Hugo sobre la enseñanza religiosa.

Buena obra argumentos para defenderla, cerdos de Israel.

Er zeñó Paco Vega

Así llaman en Río de Janeiro al pueblo donde nació, al párroco de la Iglesia de San Pablo, en Muzaga, que hace pocos días se negó á casar á dos jóvenes que deseaban legitimar un hijo, si antes no le abonaban el sacramento.

El invierno pasado negóse también á bautizar el hijo que una pobre mujer llevaba en brazos, á pesar de que le suplicaba llorando que lo hiciera, pues iba á morir de un momento á otro, como ocurrió efectivamente.

«Vaya con er zeñó Paco, y cómo ze pirra por los centinios!»

Es verdad que el infeliz se gasta una parte de lo que apaña en costear *El Demócrata Cristiano*, periodiquín que nadie lee.

Y á propósito: ¿Qué entenderá por democracia el amigo? Seguramente no la entiende en el sentido de que todos los católicos sean iguales ante los sacramentos. El, por lo pronto, no se los aplica á los pobres.

Gracias á que lo mismo da recibirlos que no.

Un obispo franco

Párrafos del libro *El culto religioso*, escrito en 1905 por Monseñor Jeremías Bononcelli:

«Demasiadas veces muchos actos de culto no son dignos de Dios ni de los hombres, y repugnan á la fe y á la razón.» (Página 8.)

«Hay imágenes y estatuas de la Virgen y de los Santos que atraen á sí una multitud de devotos hasta de lejanos países. ¿Por qué esa preferencia?»

«No; no se hable de *legendas*, de *milagros*, de *apariciones*, de hechos prodigiosos sin otra base que una vaga tradición del pueblo, siempre pronto á creer lo que supera el orden natural de las cosas y á agrandarlo.»

«No es con *milagros*, *visiones*, *apariciones*, *éxtasis*, etc., con invenciones, exageraciones y falsificaciones históricas con lo que impresionaremos á los fieles y atraeremos á nosotros á aquellos que ya están divorciados de la fe, y que son tantos.» (Páginas 50 y 51.)

A otro libro del mismo prelado, *Foglie Autunnali* (Milano, 1906), pertenece esto:

«Rendir un culto á la Virgen-Madre, á los ángeles, á los santos, á sus reliquias é imágenes igual que á Dios y al hombre-Dios, sería un insulto á la fe y á la razón: una verdadera impiedad.

Es cosa que ofende el sentido cristiano y la razón natural ver á la Virgen y á algún santo casi equiparado á Jesu-cristo, honrado é invocado como si fuese la fuente misma de la gracia.

Los altares de la Virgen y de algunos Santos resplandecen de oro y de plata: *jante su imágen arde un gran número de lámparas y luces*, y el altar en que monederos está casi olvidado» (Página 10).

«La imagen en sí misma no es nada; nada hay en ella de sobrehumano ni de divino: es á ella á la que rogamos y honramos; no es en ella en quien ponemos nuestra confianza, sino en aquello que representa. Por lo cual, TENER UNA IMAGEN FUERTE ESTÁ ESTABLE MÁS BIEN QUE AQUÉLLA. ES COSA INDEFINIDA.

Por eso así como proveen los fieles. Ellos quieren esta imagen, esta estatua, y la honran y veneran con preferencia, por más que algunas veces sea artísticamente inferior y en ocasiones

hasta indecente; y si se la quiere cambiar, llevar á otro lado, modificar, protestar, gritan y se oponen. ¿No es eso indicio de superstición?» (Página 321.)

Ese obispo, hoy cardenal, según tengo entendido, está en el secreto. Habrá que oírlo en la intimidad, si en público se expresa de ese modo.

Lo digno, pensando así, sería despojarse de su vestimenta, y declararse *persona*, viviendo en adelante del trabajo de sus manos ó de su inteligencia.

Pero al amigo le falta valor para poner en armonía lo que piensa con lo que le conviene.

Y es lástima, porque piensa bien, y merecía estar entre los que no vivimos del embaucamiento y la farsa.

El amor al prójimo

Cuando leo—yo lo leo todo—una *dominical* de Lozano, ó una *flor mística* de Nakens, ó un artículo de Fray Gerundio, sufro mucho, queridos hermanos, sufro mucho; pues aparte de las bellezas de estilo y de dicción que en las páginas de los citados escritores brillan, hay en ellas un fondo de injusta intransigencia que lesiona mi amor á la verdad estricta.

Claro es que existen cómo no!, malos ministros del Señor, falsos discípulos del Maestro; pero, ¿son todos así? No, una y mil veces. Los hay que son modelo de virtudes. Ciertamente que algunos cometen acciones poco ejemplares; pero otros guían sus actos por el camino del bien. ¿Por qué entonces citar uno y otro día lo malo y no recordar nunca lo bueno? ¿Es eso proceder con alteza de miras?

Yo, y perdonen los queridos amigos y correligionarios á quienes aludo, creo que no; y como lo creo muy firmemente, voy á añadir el ejemplo á la predicación, citando una leve muestra de las virtudes que adornan á los del campo de enfrente, narrando un hecho que demuestra cómo practican el amor al prójimo los que se inspiran en el dogma que ese amor recomienda.

El Imparcial, nuestro colega querido, no es un periódico revolucionario, no predica el exterminio del fraile ni la destrucción del monasterio, pero pertenece (no puede negarlo) á la mala Prensa, y tiene una corteza sobradamente amarga para los paladares neos. Pues bien; los curas, con un altruismo digno de encomio, con un amor al prójimo enemigo realmente cristiano, hacen el reclamo á *El Imparcial* y procuran protegerle inspirando á sus amistades el deseo de gozar de su lectura.

Sí, amigos míos; los Padres de un Seminario de Valencia protegen á *El Imparcial*, hacen porque los ingresos aumenten en su Administración, porque su tirada alcance mayores proporciones. ¿Lo dudáis? Sabed que los sobres de las cartas que de dicho Seminario salen, son acariciados previamente por una estampilla de caucho impregnada en anilina, que les hace decir:

«*El Imparcial* ha sido condenado por diez y nueve obispos».

Esa indicación hacen los buenos padres del Seminario de Valencia.

¿La haríais vosotros, Lozano, Nakens

Fray Gerundio, respecto á sus amigos? ¿Recomendaríais la lectura de *La Hormiga de Oro* y *La Alfalfa Espiritual*?... Porque recomendar la lectura de *El Imparcial* es lo que hacen esos buenos sacerdotes.

Saben que el público no lee los periódicos neos, ó indican que *El Imparcial* no pertenece á esa clase de periódicos. Y dicen: «ha sido condenado por diez y nueve obispos» para que la gente lo compre con toda confianza.

MERCURIO

PLEGARIA

De gala se hallaba el templo, la hermosa imagen lucía rico manto de oro y seda, corona de perlas finas. Ante el altar de la Virgen se postró la tierna niña avergonzada, confusa y pobremente vestida. Con voz triste, fiel reflejo de sus ásperas desdichas, entre suspiros y lloros dijo á la Virgen bendita.

—Señora, tú, que eres buena y mis ansias adivinas, oye mi triste plegaria accede á lo que te pida. Enferma se halla mi madre, muy enferma, ¡pobrecilla!; dice el médico, señora, que la anemia la aniquila, que coma alimentos fuertes, y que curará en seguida. ¿Cómo es posible que cure, cómo es posible que viva, si somos pobres, muy pobres, y es cara la medicina? Si tú, señora, nos dices una de esas joyas ricas que fieles adinerados te han regalado á porfía, salvada estaba mi madre, mi pobre madre querida. Ten compasión de nosotras; escúchame, Virgencita...

Esperó, pero no pudo conseguir lo que pedía: ¡inmóvil quedó la imagen, llorosa se fué la niña!

Pensamientos filosóficos

La ignorancia y la esclavitud de la mujer durarán todo el tiempo que dure su fe religiosa; mientras no se instruya y se emancipe, no podrá llegar á ser digna compañera del hombre.

El día en que el primer pararrayos se elevó por encima de la cruz en el alto campanario, fué el día en que la ciencia logró sobreponerse á las preocupaciones religiosas.

Un hombre que ha llevado una vida depravada, muere siendo víctima de grandes torturas, «muere como un malvado», dicen los místicos. ¿Pero es que

no mueren también así algunos que han hecho una vida de santos?

Responded, católicos:—¿Dónde está Dios?—En todas partes. Pues entonces, insensatos, ¿para qué os empeñáis en recluirle en los templos, fuera de cuyo sitio, como no le adoráis, os olvidáis de que existe y creéis que no os ve?

Es tan inocente querer contrarrestar la ley de la naturaleza con una oración, como querer contrarrestar la corriente del río con una mirada.

Los que más creen conocer al Dios del catolicismo, son los que más ridículamente le retratan: si efectivamente existiera, los primeros que deberían recibir sus castigos son sus idólatras.

Es frecuente entre los místicos pedir á Dios por medio de preces ó rogativas aquello que les hace falta. ¿Qué se diría de un padre que, sabiendo las necesidades de sus hijos, necesitase de súplicas para cubrirselas?

Si las misas que se pagan fuesen validas para las almas, sería una ventaja más que los ricos tendrían sobre los pobres para alcanzar la gloria. ¿Qué sería de las almas de los pobres en ese caso? ¡Desgraciados! No pueden ni aun oírlos (porque no tienen tiempo para ello) cuanto ni más pagarlas.

En una familia religiosa hay un enfermo. Apesar de creer ciegamente en Dios y de tener la convicción de que todas las cosas de la vida ocurren por la voluntad de éste, no vacilan en llamar á un médico. Si muere el enfermo, no dudan en creer que el médico lo ha matado; pero si se salva... ¡Ah! entonces le salvó el santo á quien se le hicieron rogativas por su salud.

Podeis hablar con Dios mentalmente, pero no podeis decirle vuestros pecados de esa forma; Dios no oye esas cosas más que por los oídos de sus ministros.

El Dios de los cristianos exige que se le adore y se le rinda culto constantemente en la tierra, bajo pena del infierno. Pero católicos, ¿qué otra cosa podría hacer con sus vasallos un tirano?

No es extraño oír en boca de aquellos que se escandalizan cuando se pone en duda la existencia de Dios, blasfemias más escandalosas y execrables mil veces que la duda y que la negación.

Si efectivamente existieseis, ¡oh Dios del catolicismo! ven y mira. Los hombres que tienen la pretensión de representarte en la tierra y que creen ser los más parecidos á ti, condenan la avaricia y acaparan riquezas para depositarlas en los templos, mientras el pobre desfallece; predicán fraternidad, y establecen diversidad de pompas para los ricos y consideran como enemigos á los que no piensan como ellos; predicán humildad, y viven en suntuosas mansiones y se pasean en lujosos trenes; predicán la templanza, y su confort es exquisito; la igualdad, y se rodean de esplendoroso séquito; la modestia, y se colman de honores; la caridad, y su fausto es un insulto á la pobreza. Si estos fuesen tus hijos predilectos y aprobasen su régimen, no creería que fueses el Dios de la verdad.

ALFREDO CAMPOS HIDALGO



SECCION AMENA

LA CESTA DE COLES

Un viajero entra en un vagón en el que hay dos cazuelos. Uno de ellos duerme. El otro está despierto, y tiene a su lado una gran cesta de coles.

El viajero.—Buenas tardes, señores. El hombre que está despierto.—Buenas tardes tenga usted.

El que parecía dormir.—Bienvenido sea usted.

El primero.—¿Pues no dormías?

El segundo.—¿Conque me despierto pa saludar á este señor, y aun te quejas? ¡Ya no me lo dirás más! (Cierra los ojos y dobla la cabeza.)

El viajero, al otro.—¿Me hace usted el favor de quitar de ahí esa cesta?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Que no señor, hi dicho.

—Se lo digo á usted porque van á venir dos señoras y hace falta espacio, y las cestas no van en el sitio de las personas.

—Verdá es que no van.

—Pues entonces, no sé por qué se niega usted á quitar esa. Póngala usted arriba si cabe.

—No la pongo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Vaya, amigo, basta de consideraciones; ¿quiere usted quitar la cesta ó no?

—¿Que no señor, que no me da la gana!

—Mire usted que llamo al jefe de la estación!

—¿Y á mí qué se m'importa? De hombre á hombre no va nada; llámelo usted.

—Quita usted la cesta?

—Paice mentira que lleve usted corbata!

—¿Qué tiene que ver?...

—Sí, señor, que tiene; porque que no entienda, ni tenga prencipios, ni se haga cargo de lo que le ica un cuasi-quiera, un focín del campo, toavía pue ocurrir. ¡Pero un hombre con corbata! ¡Amos, hombre, que lo que es usted no debe ser letrao!

—Ahora mismo voy á llamar al jefe.

—¡Bueno, bueno!

—¡Señor jefe! ¡Aquí! ¡Haga usted el favor! (Viene el jefe y sube al vagón.)

—¿Qué desea usted? El tren va á salir...

—Este hombre que no quiere quitar de en medio esa cesta...

El jefe.—A ver, quite usted la cesta, que no puede ir ahí.

—No puede ir?

—No, señor.

—Pues que no vaya! Lo que es yo no la quito.

—Le advierto á usted que yo soy aquí el jefe, soy el que manda. Miro usted que llamo á la pareja de la Guardia civil...

—¿Quiéste que la llame yo? ¡Ni le tengo miedo á ella, ni á usted; de hombre á hombre no va nada!

(El jefe asomándose á la ventanilla y haciendo señas.)

—¡Aquí! ¡La Guardia civil!

(Vienen dos guardias y se les explica el caso.)

Guardia.—Quite usted esa cesta de ahí enseguida.

—No me da la gana.

El otro.—¿La quita usted?

—¡No la quito!

El viajero, desesperado.—Pero, hombre de Dios, por la Virgen Santísima, no sea usted tozudo; ¿por qué razón prefiere usted ir á la cárcel á darnos gusto? ¿Por qué no ha de quitar usted la cesta y se acaba todo esto?

—¡Porque no es mía, moño!

(Estupefacción general.)

—El jefe.—¿De quién es?

—De ese que está dormido, ¿A ver, tú, estás dormido?

El otro baturro, sin abrir los ojos.—Según pa lo que sea.

—Pa que quites esta cesta de enmedio.

—Con mucho gusto; ya están estés servidos.

(Quita la cesta y la pone en la red. El jefe de la estación riendo.)

—¿Y por qué no lo dijo usted desde el principio?

—Porque el señor no me la preguntó; porque estos que llevan corbata, tienen menos gramática que uno. Lo primero é todo se dice: ¿De quién es esta cesta? Y al amo é la cesta se le dice: ¿Quiéste quitála de ahí? ¡Too la arreglan con mandar! ¡A mí no me manda naide! ¡De hombre á hombre no va nada!

—Bueno, hombre, bueno.

—Ya pue esté tocar el pito, y ámonos pronto, que me están esperando en Ríela pa matar el tocino. ¿Quién quíe un cigarro? ¡Arre!

EUSEBIO BLASCO

PREVISION

El primero amar á Dios

sobre todo lo existente.

¿Le amas mucho, penitente?

—Padre, tanto como vos.

—¿Alguna vez, en su agravio,

juraste por Dios quizás?

—No ha proferido jamás

un juramento mi labio.

—Perfectamente; adelante.

—Yo las fiestas santifico.

—(Pues, señor, es un buen chico,

ó miente como un tunante.)

Pasa al cuarto y haz historia.

—A mis padres, ¡oh dolor!

honrar no puedo, señor,

sino honrando su memoria.

—¿Murieron?

—Al darme vida,

la madre de mis entrañas.

—¿Y tu padre?

—En las montañas,

en la lucha fratricida.

Después de reñida acción,

cruel le hizo fusilar

un ministro del altar,
guerrillero de ocasión.

Y, en verdad, señor vicario,
que si yo con él me viera,
le matara... ¡aunque estuviera
al pie del confesonario!

Mas ¿qué tenéis, padre mío?
¿Os acometió algún mal,
que os habéis puesto mortal
y os estremecéis de frío?

—El asombro... la emoción.
(Se me anuda la garganta.)

—¿Sigo, padre?

—No, levanta
y toma la absolución:

—¡Sin acabar!

—Tu conciencia
penetro seguramente;

pero jura, penitente,

cumplir esta penitencia

—Decid, y será cumplida.

—¿Por Dios me lo juras?

—¡Sí!

—¿Que no vuelvas por aquí
en el resto de tu vida!

E. S. R

Hebreo caritativo

En Viena, un hebreo que pasaba por delante de una iglesia vió sentada enfrente de la gradas una mujer que lloraba estrechando contra su pecho á un niño de pocos días.

El judío le preguntó la causa de su pena.

—¡Ah, señor!—respondió la pobre.—Deseo bautizar á mi hijo, pero el cura me pide dos florines, y yo no tengo ni dos sueldos. Mi hijo puede morir de un momento á otro... ¡Estoy desesperada!

—¡Bueno! No hay que apurarse; yo le daré á usted los dos florines.

—¡Oh, gracias, señor; rezaré por usted toda la noche!

El hebreo buscó en sus bolsillos, y dijo después á la madre desolada:

—No llevo conmigo dinero suelto, pero ahí tengo un billete de cincuenta florines. Cámbielo y tráigame el resto; aquí espero.

La mujer tomó el billete, y después de algunos minutos, volvió y entregó cuarenta y ocho florines á su bienhechor, el cual, visiblemente satisfecho, metió el dinero en el bolsillo, y dijo á la pobre mujer:

—Así todos quedamos contentos: usted, porque conseguirá bautizar á su hijo; el cura, porque recibirá los dos florines, y yo, porque... (aquí bajó la voz) ¡el billete era falso!

—Diga usted, señor maestro, en el diluvio universal ¿se ahogaron los peces?

—Así debió ser; la historia dice que se ahogaron todos los animales.

—Pero ¿cómo se ahogaron los peces?

—Mediante la voluntad de Dios.

—¡Tomal! Pues para eso no hacía falta igual



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

ELOGIO HERMOSO DE CASTELAR

Gran entusiasmo despertó en la España liberal la heroica defensa de Estella, y Castelar le dedicó estos párrafos en uno de los mejores discursos que ha pronunciado, párrafos que copio para gloria eterna de aquellos valientes.

Hablaba así en el Congreso el 30 de Julio de 1873:

«Decía el Sr. Ríos Rosas con esa magna elocuencia que es uno de los timbres de esta Cámara, en la cual, cuando él no está, parece que faltan el Sinaí y la tempestad; decía el Sr. Ríos Rosas: «Yo no creo que sea posible la restauración carlista», y la Cámara le aplaudía con un grande entusiasmo. Tampoco yo lo puedo creer. No es posible que se levante la Inquisición sobre la conciencia, la censura sobre el pensamiento, el silencio sobre la tribuna, la mordaza sobre la prensa, la amortización sobre la tierra libre por la sangre de nuestros padres, el convento del ocio sobre el taller del trabajo. (*Grandes aplausos.*) No, no es posible que el rey restaurado por tantas hordas y ungido por la herencia de tantos tiranos, venga, como sus antecesores, entre dos hileras de patibulos, de los cuales penden las cabezas lívidas de los patriotas asesinados, y entre aquellas muchedumbres fanáticas que pedían, estirando sus brazos, cadenas, y que lanzaban de sus gargantas el grito de ¡muera la nación! Eso está tan lejos como los horrores de Tiberio y de Nerón; porque antes que consentir á don Carlos, en el fondo del mar se hundiría España. (*Frenéticos aplausos que se repiten y se prolongan.*)

Una sola cosa puede hacer, sin embargo, que eso suceda, transitoriamente, pero que suceda. Puede haber un paréntesis de algunos días, de algunos meses; puede llegar el Pretendiente á ese palacio de Madrid, como llegó el rey José al palacio de Madrid á pesar del heroísmo de nuestros padres. ¿Y sabéis cómo se puede hacer esto? Pues no lo puede hacer más que una cosa: la insensatez de los republicanos, la demencia de los republicanos.»

«El movimiento cantonal es una amenaza insensata á la integridad de la patria, al porvenir de la libertad. Mientras unos de esos cantones toman las naves, mientras otros piratean, mientras aquellos dividen y fraccionan la unidad nacional, mientras los de más allá indisciplinan al ejército, mientras todos cometen tropelías sin número, los carlistas avanzan hacia Bilbao, el baluarte de la libertad; avanzan hacia Logroño, el asilo

del héroe de toda nuestra epopeya de la guerra civil; perturban á Cataluña, tierra de la República; y nosotros, generación infortunada que hemos tenido nuestra cuna mecida en el oleaje sangriento de una guerra civil, vamos á tener por otra guerra civil deshonrado nuestro sepulcro. (*Gran sensación.*)

¡Ah! Yo no veo el patriota en el diputado que se va de aquí á sublevar las provincias, que rompe la patria, que pone una bandera odiosa y odiada sobre el tope de las naves de D. Juan de Austria y del marqués de Santa Cruz; yo no veo ahí á España. Yo la veo en el voluntario de Estella, que con su mujer al lado, sobre cien quintales de pólvora (*delirantes aplausos*), con la mecha encendida aguarda á que llegue el facineroso carlista para morir como bueno. (*Aplausos prolongados.*) Sí; allí está la patria de Viriato, allí está la patria de Pelayo, allí está la patria del Cid, allí está la patria de Daoiz y Velarde, allí está la patria de la mártir Gerona y de la santa Zaragoza.» (*Aplausos entusiastas.*)

SEGUNDO SITIO DE ESTELLA

HONROSA RENDICIÓN

Al mes escaso cayó Este la en poder de los carlistas, después de ocho días de sitio, de recibir el Fuerte 800 cañonazos y de reproducirse todos los horrores del primer sitio en incendios, falta de agua, voladuras de minas, etc.

Los rasgos de valor individual y colectivo llegaron, si no excedieron, á los del primer sitio; baste decir que los sitiados reunieron más de 80 granadas en varios pozales; cuanto caían, se abalanzaban á ellas y las sumergían en el agua.

Camisas embreadas, cohetes, botellas con aguarrás y otros líquidos inflamables, petróleo, todo lo emplearon los carlistas para incendiar el fuerte. Unase á esto que no había ya lugar seguro donde colocar los heridos; que el sol canicular, el insomnio, las privaciones y el aire enrarecido produjeron graves y numerosas enfermedades, entre ellas la viruela, que se desarrolló de un modo alarmante, que la mitad de los fusiles estaban inservibles, y se comprenderá que aquellos bravos se rindiesen, perdida la esperanza de recibir socorro de fuera.

Desde el día 21 hasta el 24, en que se rindieron, las campanas no dejaron un momento de hacer oír el toque de agón y marchas fúnebres la banda de música, mientras un canalla de aquellos gritaba á intervalos á los del fuerte: «matad al gobernndor y habrá cuartel.»

El día 24 estalló una mina que envolvió al fuerte cual funebre sudario y arrojó sobre sus débiles techumbres y anchos patios una verdadera avalancha de escombros, piedras enormes y árboles enteros.

Agotados todos los recursos, habiendo ya voluntarios que hablaban de capitulación, asomaron las lágrimas á los ojos del valeroso Sanz; mas cumpliendo el triste deber que su cargo le imponía, pidió parlamento y trasladóse al alojamiento de Dorregaray, donde le expuso con ruda y militar franqueza los motivos que le impelían á dar aquel paso, mostrándose, no obstante, resuelto á perecer entre los escombros del convento si no se les permitía marchar en libertad á Pamplona con armas y bagajes.

Conociendo Dorregaray el férreo temple de Sanz, y concediéndole que su bizarra defensa le daba derecho á formular tales pretensiones, accedió á todas ellas, exceptuando las armas, que deberían quedar en poder de los carlistas, conservando las suyas los oficiales, alegando, en pro de su exigencia, que puso el sitio precisamente por la necesidad que de armas tenía.

Sanz convino en la capitulación, y al día siguiente, las autoridades y el pueblo de Pamplona recibían á los defensores de Estella con las aclamaciones entusiastas á que se habían hecho acreedores.

La amargura del bravo Sanz se mitigó algún tanto con aquellas muestras de confianza y de cariño, mucho más al ver que se le confió la guarda de la ciudadela de Pamplona; mas ¡ay! que poco tiempo desempeñó tan honroso cargo, porque una violenta enfermedad, que tal vez germinara con el trabajo abrumador y los terribles sinsabores de Estella, lo llevó al sepulcro el 12 de Febrero de 1874. Le cerró los ojos y veló su cadáver Celestino Garamundi, el más digno de tan alta honra.

Terminemos la epopeya de Estella arrojando sobre la chusma carlista una afrenta más.

Apoderáronse de D. Luis Pesado, sexagenario que por sus achaques había dejado de pertenecer á la compañía de voluntarios después del primer sitio, y lo sujetaron al terrible martirio de sufrir con la cabeza descubierta durante largas horas el sol canicular, sirviendo de befa y chacota al populacho, asesinandolo después á tiros y cuchilladas y arrojando al Ega su cadáver.

No lo pueden remediar; lo llevan en la masa de la sangre. Son ladrones y asesinos por instinto.

Continuará.

(FOLLETÓN 56.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

menos penetrados de lo que dijimos, y, seguramente, si llegaron á pasar el Estrecho, no es de pensar que llegasen á aflojar la bolsa á beneficio del ingenioso presidiario, ó lo que fuese, autor del intentado timo.

No vaya el lector á figurarse que esta clase de entierros se halla autorizada, ni aun consentida en la monarquía española. No; los señores del reino no permiten esos abusos. Al contrario. Tiénelos, con razón, por criminales, y los persiguen; y no sólo los persiguen, sino que alguna vez, que dan con los perpetradores, los castigan.

Pero el número de hechos de esa especie consumados es incalculable, porque este es negocio en que, si muchos son los llamados, muchos son los elegidos, es decir muchos caen en la red; pero se callan, porque sólo por gran excepción se lanza alguno á afrontar la vergüenza y corrimiento seguros por la remota probabilidad de rescatar alguna parte, que siempre sería pequeña, de lo perdido.

Y ahora únicamente nos queda que decir algo de la tercera, la más honrosa y productiva. Y por todos estilos la mejor rama ó clase de entierros, que es la que para sí se reservan los señores del reino y todas las personas de influencia y los ahijados de unos y otros, hasta el punto de que son contadísimos en aquella monarquía los personajes ó individuos que por tal sean tenidos en cualquier concepto ó campo de la actividad humana, que no deban su elevación ó su prosperidad principalmente á una combinación como las de que ahora se trata. Así, por ejemplo, aunque el Sr. Echegaray sea hombre de privilegiado talento; aunque como literato esté á la altura de los que hoy por hoy valgan más en aquella monarquía, y como hombre de ciencia tampoco vaya muy en zaga á los sabios que no deja de haber en su país; quizá su nombre habría permanecido ignorado ó habría caído pronto en el olvido, como en todo el mundo suele suceder en todo tiempo con muchos que tanto ó más merecen mejor suerte, si no se le hubiese ocurrido echar una vez en el Congreso (cámara de diputados) un gran discurso sobre motivos

de la Santa Inquisición, hablando de un quemadero ó supuesto lugar de autos de fe donde aparecieron enterados una trenza chamuscada y unos hierros, chamuscados también, circunstancia esta que, según el futuro dramaturgo, revelaba entre otras cosas terroríficas, que el corazón de los inquisidores era más duro que el mismo hierro. Aquel discurso valió al Sr. Echegaray, además de gran renombre, una cartera, y ya en adelante todo fué sobre ruedas para él.

—¿Y el quemadero, y la trenza, y los herrajes reblandecidos por el fuego? preguntará el curioso lector. —¡Ah!, le diremos nosotros; no hay que hablar de eso. Esas son de las muchas cosas sobre las que «se echa tierra» (resultando así entierro doble) en aquella monarquía; tanto que aquel radical impío, enemigo de la Inquisición y de la Iglesia, está á partir un piñón con el Sr. Pidal, un orador barbudo, de voz de flauta y chorro continuo, fogoso vaticanista y muy frailerío, y que por su parte hizo de unas «honradas masas» el mismo uso y con análogo provecho que el otro señor del herraje y la tierra; y ambos amigos han venido á parar y convivir fraternalmente en la Compañía Arrendataria de Tabacos, ocupando los dos más altos y pingües puestos de ella, con motivo de lo cual oímos á Zarastrá, decir alguna vez: —Ellos fuman... y el país escupe.

CAPÍTULO XXXII

DONDE HA DE VER EL LECTOR LO QUE DE LOS SUCECOS DE JULIO DE 1909, EN BARCELONA, TIENE DICHO EN PARÍS, HACIENDO MEDIO SIGLO, VÍCTOR HUGO.

Igual resonancia que en el resto del mundo han tenido aquí, en Alemania, los desórdenes habidos en Barcelona, capital de la región catalana, á mediados de 1909, y, más todavía que los desórdenes mismos, la alcanzaron la represión y castigo que tuvieron las trasgresiones de ley en que los revoltosos, ó algunos de ellos, incurrieron. Pero si los mismos españoles están en el más completo desacuerdo en cuanto á dichos sucesos se refiere ¿qué no sucederá á los extranjeros? Porque éstos han visto, si, humo de incendios; y oído disparos de fusiles y cañones; y sabido, luego, que tales á cuales delincuentes, cogidos, más que con las armas, con las momias en la mano (pues aquellos desórdenes fueron principalmente de índole anticlerical y antirreligiosa), habían sido condenados á pena ca-

pital y ejecutados, entre ellos el ya famosísimo Sr. Ferrer, de cuya sentencia y muerte se ha protestado tan ruidosamente en Francia, Italia, Portugal y otros países, por la circunstancia especial de no haberse cogido ni con momias, ni con armas ni con nada, como no fuese con noventa mil pesetas suyas en el Banco. Y esto ha hecho creer equivocadamente que aquellas sentencias, ó, cuando menos algunas de ellas, no habían sido impuestas con estricta sujeción á la leyes del país, cuando en la monarquía española, y especialmente en casos como los que se trata, hay, como en todas partes, tribunal sentenciador, pero hay también lo que en ninguna parte existe y que real y prácticamente es, aunque no lleve este nombre, tribunal ejecutor. Este tribunal es, ó de tal ejerce las funciones, el gobierno de S. M., con la particularidad de que sus facultades se limitan: ó á dejar que se lleve á efecto la capital sentencia, ó á ordenar que no tenga ejecución, última instancia á que en el segundo caso se da el nombre de indulto. Esto es casi una necesidad en aquella monarquía, en cuyas leyes y costumbres ocurre con excesiva facilidad y frecuencia la pena de muerte; y claro está que, si de la sentencia unánime y justa, aunque severa, de un tribunal inferior, fuese á decidir un tribunal superior de la misma especie, éste tendría que confirmarla, y el trámite sería ocioso; mientras que, con el artificio empleado, el alto tribunal virtualmente constituido por los ocho ó nueve personajes que forman el gabinete, puede templar, cuando así sea equitativo, el rigor de la ley, no el de los jueces que han tenido que someter su acción á lo que la ley dispone y manda.

Así sucede que, no ya sólo cuando en la ley está expresamente consignado, sino á veces también cuando no lo está, y hasta cuando más bien llega á estar consignado lo contrario, se somete á la previa aprobación del gobierno la ejecución de sentencias de muerte. Durante la última insurrección de Cuba, por ejemplo, fueron cogidos ciertos expedicionarios filibusteros, á todos los cuales el consejo de guerra que les juzgó tuvo que imponer la pena de muerte porque se hallaban incurso en dos delitos claramente definidos y calificados por la ley española: el de rebeldía y el de piratería. Y como aquel juicio era sumárisimo, la sentencia, unánime en todos sus trámites, entre los que no